



la PIRAMIDE de HORMIGON



RALPH BARBY

—¡Vamos, Ross, dale fuerte!

Fred Ross sonrió, pero estuvo a punto de perder su sonrisa a causa de la contundencia del puñetazo que Joe Mac Laglen le lanzó al mentón. Sin embargo, con una ágil finta, logró esquivar el golpe demoledor.

—¡Aplástalo, Joe! —gritó otro del público mientras se elevaba un rumor general mezcla de arenga, comentarios e interjecciones mientras rosetas de maíz eran masticadas sistemáticamente.

El combate era a peso libre y Joe Mac Laglen era un pesado de noventa y cinco kilos contra el semipesado Fred Ross de setenta y seis kilos.

—¡No bailes tanto! —Gruñó el peso pesado, un profesional de los guantes.



Ralph Barby

La pirámide de hormigón

Bolsilibros - Servicio Secreto - 940

ePub r1.0

Lds 09.01.18

Título original: *La pirámide de hormigón*

Ralph Barby, 1968

Cubierta: Antonio Bernal

Ilustración interior: Rodrigo Rodríguez Cosmo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO





CAPÍTULO PRIMERO

—¡Vamos, Ross, dale fuerte!

Fred Ross sonrió, pero estuvo a punto de perder su sonrisa a causa de la contundencia del puñetazo que Joe Mac Laglen le lanzó al mentón. Sin embargo, con una ágil finta, logró esquivar el golpe demoledor.

—¡Aplástalo, Joe! —gritó otro del público mientras se elevaba un rumor general mezcla de arenga, comentarios e interjecciones mientras rosetas de maíz eran masticadas sistemáticamente.

El combate era a peso libre y Joe Mac Laglen era un pesado de noventa y cinco kilos contra el semipesado Fred Ross de setenta y seis kilos.

—¡No bailes tanto! —Gruñó el peso pesado, un profesional de los guantes.

Fred Ross contrastaba con su rival en el *ring*. Menos peso y más envergadura contra la masa de carne de Mac Laglen. Él tenía un cuerpo estilizado, hombros anchos y escasas caderas. Las contadas mujeres que habían allí podían constatar que Fred Ross no hacía trampa con sus trajes para aparecer atlético.

Hubo gritos de emoción. Ross introdujo tres ganchos al estómago del gigante que éste no pudo esquivar ni digerir con facilidad.

Los puños de Ross semejaban fundidos en acero.

—¡Te cobraré esto! —Gruñó Mac Laglen cuando era salvado por el «gong» del cuarto *round*, retirándose a su rincón.

—¡Magnifico, Fred, magnífico! —exclamó con su voz nada común el veterano cuidador, colocando la banqueta para que Ross se sentara. Éste la rechazó, aunque no hizo lo mismo con el agua que le ofrecían.

—¿De veras lo estoy haciendo bien, «Papillas»?

El cuidador sonrió, mostrando su boca totalmente desdentada, lo que le obligaba a comer purés y alimentos que no tuvieran que mascarse.

Ello le había valido el apodo de «el Papillas», mote que no parecía molestarle demasiado.

—Fred, si me hicieras caso te convertiría en el campeón más grande. Tienes cualidades.

—No insistas, «Papillas». Sólo hago esto para conservarme en forma y divertirme un poco.

—Pero, esto ya no es boxear en un gimnasio —protestó «el Papillas» mientras le pasaba la toalla para secarlo.

—En el gimnasio era demasiado aburrido, pero no pienso pasar de ser un *amateur*.

—Sin embargo, hay una bolsa para el que gane —protestó el cuidador.

—¿Y qué *amateur* no cobra? Después de todo, una bolsa de cincuenta dólares no puede decirse que sea cobrar, y más si luego se gasta uno más en vendas y árnica.

«El Papillas» resoplo, pero no desistió.

—Joe Mac Laglen es un profesional.

—Como *sparring* solamente. Ya sabes que tampoco puede participar en grandes campeonatos.

—Pero sí puede aplastarte la cara y me alegraría de ello —gruñó molesto.

Sonó el «gong» y hubo un griterío en aquella sala de boxeo de cuarto orden donde todos los bancos y piso eran de madera que retumbaba ante el pataleo general.

A cada instante parecía que toda ella se vendría abajo, pero en los veinte años que funcionaba siempre había ocurrido lo mismo y aún no se había derrumbado.

—Prepárate, Joe, voy a tumbarte. Tengo una cita con una chica y no me agrada hacer tarde —siseó Fred preparando su guardia frente al gigante y con la mejor de sus sonrisas.

—Te haré tragar tu bravata, Ross, y será la chica la que tenga que verte a ti, pero en el hospital —rugió el peso pesado avanzando con los dos puños por delante, dispuesto a aplastar a su rival.

Hubo una carcajada general en la sala al precipitarse Joe contra

las cuerdas. Fred Ross parecía haberse evaporado de delante de él.

Fred comenzó a bailar alrededor de su contrincante, enfureciéndolo cada vez más y convirtiéndole en una especie de búfalo dispuesto a embestir.

Fred Ross no ignoraba que el boxeador, en aquellas condiciones, resultaba muy peligroso si le acertaba con uno de los arietes que tenía por puños. Tras su guante iban a empujar más de noventa kilos de carne y rabia.

Mientras, «el Papillas» temía que de un momento a otro la mandíbula de su pupilo saltara hecha pedazos al ver resoplar a aquel gigante que boxeaba casi semanalmente, mientras que Ross sólo lo hacía por «sport» y cada mes o dos meses.

En la parte más oscura de la sala, un par de ojillos oscuros vigilaban atentos las evoluciones del periodista corresponsal aficionado al boxeo.

Después de hacerle dar unas cuantas vueltas, tomando por eje sus pies, Ross atacó suavemente peinando las cejas de Joe Mac Laglen con sus guantes.

El peso pesado trataba por todos los medios de cubrir su rostro a aquella lluvia de finos golpes dirigidos a sus ojos que le marearon.

—Buen viaje, Joe —deseó Fred proyectándole dos directos al mentón, el uno para fijar perfectamente la dirección de su puño izquierdo y el otro enviando toda su contundencia.

Joe Mac Laglen, alcanzado de lleno, se vino al suelo y no pudo decirse que besó la lona, pues cayó de espaldas.

—¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...! —contaba el árbitro de la pelea mientras el público rugía— nueve, diez... —Se apresuró a coger el brazo de Fred y lo alzó en el aire—. ¡Vencedor por K.

O. Fred

Ross!

La sala se llenó de estruendo, reflejo del entusiasmo de los asistentes.

El cuidador cubrió el cuerpo de su pupilo con el batín azul brillante y lo acompañó hasta el vestuario bajo los aplausos y felicitaciones.

—¿No te enerva todo esto, Fred?

—No vas a conseguir espolearme, «Papillas». A ti te hicieron saltar los dientes de un puñetazo en tu juventud y yo quiero llegar a

viejo.

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo? Bah, no digas tonterías «Papillas», ya sabes que no lo tengo, simplemente que hago esto por divertirme. Prefiero ser un buen corresponsal. Si me meto demasiado en los *rings*, un día u otro me darán bien en la sesera y me volverán tonto. No, definitivamente no. Prefiero ser un escritor famoso que un boxeador. La vida de uno de ellos se termina demasiado pronto. Luego, van balbuceando por ahí como bebés.

El cuidador resopló, impotente. Sabía que tenía en sus manos un gran campeón, quizá el mejor que había conocido en su dilatada historia en los *rings*, pero éste no le hacía caso. Sólo quería boxear para divertirse, para calzar los guantes y demostrar que sabía hacerlo bien. Según su mentalidad, era invencible.

Ya en el vestuario individual, Fred arrojó el batín y se metió bajo la ducha mientras aparecía el promotor de la velada.

—¡Magnífico, Ross! Tienes calidad en tus guantes —opinó echándose ligeramente el sombrero hacia atrás para descubrir su frente.

—No hago más que repetírselo yo —gruñó «el Papillas»—, pero no me hace caso.

—Puedes ganar mucho si sigues adelante.

—Gracias, Brown, pero no pienso seguir adelante, ya lo sabes. Si quieres que haga otra pelea, cuando te lo diga acéptame.

—Por supuesto, Ross. Siempre que lo desees tendrás un sitio libre en una de mis veladas. Mi público grita porque no te ve más a menudo.

—Si chillan demasiado, dales rosetas de maíz para que se llenen la boca y callen.

—Hum... Bueno, Ross, veo que no voy a convencerte para que te olvides del periodismo y de tus libracos para calzarte los guantes definitivamente.

—No, no vas a conseguirlo. Me siento bien así.

—Como quieras, Ross. Toma los cincuenta dólares de la bolsa que te has ganado.

—«Papillas», toma el dinero; te lo has ganado.

—¿Yo?

—Sí, por soportarme y por no dejarte ganar lo que tú crees que

sacarías conmigo. Ah, cuando tomes una copa, brinda por mí.

El promotor de boxeo pagó los cincuenta dólares que el veterano cuidador recogió sin hacer ningún remilgo.

—Nunca comprenderé a un tipo como tú, Ross. Aquí se dejan matar por cincuenta dólares por un ligero triunfo y tú vas y lo rechazas.

Moviendo la cabeza incomprensiblemente, Brown abandonó el vestuario dejando en él al boxeador aficionado y a su cuidador.

Fred Ross terminaba ya de ducharse cuando se abrió la puerta de nuevo y apareció un asiático de mediana estatura y ojos fríos, escrutadores.

—¿Qué ocurre? —preguntó «el Papillas».

—¿Es usted Ross? —inquirió encarándose directamente con el periodista y en un perfecto inglés exento de matices orientales.

—Yo mismo. ¿Viene a ofrecerme un curso de judo?

El asiático, probablemente japonés, sonrió apenas moviendo sus labios finos, casi inexistentes.

—Mi jefe quiere hablarle. Vístase y sígame.

«El Papillas» gruñó:

—¡Por todos los diablos! ¿Qué se ha creído este limón?

—Yo no le he insultado a usted, amigo —repuso el asiático con fría cortesía.

—¡Pero yo sí! —masculló el cuidador dispuesto a empujarle hacia el exterior.

El oriental movió una de sus manos y «el Papillas» se vio proyectado contra la pared aunque sin hacerse daño.

—La próxima vez tendré que romperle un brazo y lo sentiré mucho —se disculpó con su helada sonrisa.

—Veo que sí puedes dar lecciones de judo y posiblemente de buen karate —opinó Fred sin dar importancia a lo sucedido mientras se abrochaba la camisa con normalidad.

—No he venido a dar lecciones sino a decirle que mi jefe le aguarda fuera.

—¿Tu jefe? ¿Y quién es tu jefe?

—No estoy autorizado para hablar.

—Ya, y estoy seguro de que aunque te arrancaran la lengua no dirías nada. Bueno, dile a tu jefe que si desea verme, venga él aquí.

El japonés movió la cabeza en sentido negativo al tiempo que

desenfundaba una

«B-38»

con silenciador y apuntaba con ella a Ross ante la estupefacción de «el Papillas».

—No, usted irá a verle a él.

—Bueno, eres muy convincente. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Wayato.

—Está bien, Wayato, iremos con tu jefe. A medios convincentes hay que ser comprensivo —dijo tomando la chaqueta con su brazo.

—¡No vayas, Ross, puede ser una trampa! —advirtió el cuidador.

Fred hizo un gesto ambiguo con manos y hombros, al tiempo que avanzaba, que sorprendió al oriental. Mientras su diestra tiraba del cañón del revólver arrebatándoselo, su zurda se estrelló contra la nariz ya de por sí chata de Wayato.

Cuando el asiático quiso darse cuenta de lo que ocurría, se hallaba sentado en el suelo y con un gesto de dolor en su rostro.

Miró al norteamericano y sus ojos chispearon malignamente. Hizo ademán de levantarse dispuesto al ataque, más el periodista le encañonó con la pistola que le arrebatara.

—Será mejor que no cometas ninguna tontería. Y para otra vez, no olvides que no me agrada que me apunten con un juguete como éste.

—Podía haberte matado —balbució «el Papillas» asombrado.

—Tampoco me agrada que me tomen por tonto. El seguro del arma estaba puesto, aunque ahora yo lo suelto —dijo mirando al japonés que ya se había puesto en pie y se sacudía su elegante traje.

—No era mi intención dispararle —se excusó él volviendo a sonreír con su cara que no dejaba de ser una máscara inescrutable para, un occidental.

—Lo sé, por eso yo no te he dado más duro. En fin, si tu jefe quiere hablarme, llévame con él.

Wayato inclinó la cabeza, en cierto modo humillado, y pasó delante abandonando el vestuario. Poco después, se hallaban en la calle.

—Allá veo un «Rolls-Royce», y a juzgar por lo caro que tú vistes, tu jefe será su propietario.

—Sí, allí está. Yo soy su chófer.

—Bueno, me temo que pronto veré a un «gángster» en carne y

hueso. Camina.

El «Rolls» se hallaba parado y con las luces apagadas.

Era de noche y no se divisaba nada de su interior, aunque de ser de día, tampoco se hubiera visto nada. Los cristales del automóvil eran polarizados al máximo y no dejaban ver a través de ellos desde el exterior, aunque la visión era perfecta desde el interior del auto.

Cuando llegaron junto al lujoso coche se abrieron las portezuelas y apareció un gigante negro que sobrepasaba los dos metros de altura.

Vestía elegante, pero parecía dispuesto a derribar un toro con sus puños si se lo pedían. Su mirada no era en absoluto tranquilizadora. No dijo nada, pero tampoco se inmutó al ver el arma en manos del periodista.

—Pase, amigo Ross, le estoy aguardando. Ah, no sea niño y devuelva la «Browning» a Wayato. Es suya, ¿me equivoco?

El japonés no contestó y se introdujo en el auto sentándose ante el volante.

—Sí, es de su japonés, pero ha venido a apuntarme con la pistola y he creído conveniente...

—¿Quitársela? —preguntó con amable ironía la voz que salía de la parte posterior del «Rolls»—. Ha hecho bien Ross y lo cierto es que no esperábamos menos de un hombre tan habilidoso como usted. Ah, le felicito por la pelea.

—¿La ha visto? —preguntó Fred desconfiado, todavía en el exterior y con la «Browning» en la mano.

—Sí, y ese gigante ha sido muy poco rival para usted, claro que yo tengo aquí a dos muchachos que hubieran derribado a ese Joe lo que sea.

—Mac Laglen —completó Fred.

—Pues a ese Mac Laglen en el primer asalto.

—¿Se refiere al asiático o a este gorila? —inquirió Ross mirando al negro.

Fred era alto, un metro noventa, pero aquel negro le pasaba un palmo por lo menos.

—No. El asiático, como usted dice, es especialista en karate y puede dar por seguro que usted jamás le hubiera quitado el arma de no recomendarle yo antes que se portara correctamente con usted.

—Muy amable por su parte, señor...

—Humprey Stacy.

—¿Stacy? —repitió Fred sorprendido.

Se escuchó una risita en el interior del automóvil.

—¿Le extraña oír ese nombre?

—¡Por todos los diablos! ¿De veras es usted Humprey Stacy? —inquirió vivamente interesado.

—El mismo de quien tan mal se habla. Un buen reportaje para usted, ¿verdad, amigo? Una entrevista con Humprey Stacy, el «gángster» más famoso, no sólo de la Unión sino de todo el mundo. Capone fue una especie de aprendiz comparado conmigo, claro que él estaba en desventaja. No existían los medios de comunicación actuales, ignoraba para qué servía un cerebro electrónico, etc., etc.

A Fred Ross no le hizo falta que le invitaran de nuevo para introducirse en el «Rolls-Royce». La curiosidad le había picado sobremanera.

Nadie, absolutamente nadie hasta entonces, había logrado una sola entrevista con Humprey Stacy, ni siquiera sabían cómo era y él, Fred Ross, estaba hablando con el poderoso y enigmático Stacy.

Al penetrar en el coche vio a otro negro que hubiera jurado era hermano gemelo del primero.

En medio del asiento posterior, junto al negro que semejaba protegerle, estaba un hombrecillo mucho más bajo que el japonés. Parecía un niño y sus piernas colgaban sin llegar al suelo debido a su escasa estatura. Aquel enano, pues no podía ser otra cosa, llevaba unas monumentales gafas que cubrían casi todo su rostro de piel gris tostada. Un bigote bien recortado sombreaba su boca de labios aún más delgados que los del asiático.

Aquel hombrecillo sonrió al ver al periodista sentarse junto a él y observar su expresión de sorpresa.

—Sé lo que está pensando, Ross. Parece mentira que un enano pueda armar tanto ruido y atemorizar a medio mundo, ¿verdad? —sonrió y agregó—: Sí, un enano, pero, olvídelo. Soporto muy mal que me llamen enano y además soy de los que piensan que en el mundo hay un exceso de seres humanos. Uno más o menos no importa. ¿Me explico?

—Perfectamente.

—Entonces, charlaremos, amigo Ross. ¡Wayato!

—¿Diga, señor?

—Danos un paseo por Manhattan. Me agrada ver los grandes rascacielos.

Y sonrió como un niño malicioso mientras el coche comenzaba a rodar por las farragosas calles neoyorquinas.

CAPÍTULO II

Humprey Stacy miró a Ross. Sonriendo fríamente dijo:

—¿Podría devolverle el arma a Wayato?

—Sí, claro, como no.

El japonés parecía absorto en el volante. No obstante, estiró su diestra por encima de su hombro y recuperó la «Browning» sin pronunciar palabra.

—Bien, creo que ahora podemos hablar de cosas importantes, amigo Ross.

—¿Cosas importantes? ¿Cómo qué, Stacy?

—Primero le diré que sé lo que piensa.

Esta vez fue Ross quien sonrió irónico.

—¿Ah, sí? ¿Y qué pienso?

—Pues que sería magnífico poderme hacer un reportaje que saldría en primera página de todos los periódicos del mundo.

—Podría ser, no es una idea descabellada. Nadie le conoce, aunque tampoco estoy seguro de que usted sea Humprey Stacy. Corren muchos Napoleones o Georges V por el mundo.

—Le aseguro que a mí no me encerrarán en la cárcel ni en un manicomio.

—Me darían mucho dinero. Su fotografía no ha sido expuesta jamás.

—Ni hecha, amigo Ross.

—Stacy, creo que podría hacerme el periodista más popular del mundo si me dejara hacerle esa fotografía y un buen artículo.

—Todo llegará Ross, pero, no ganará cincuenta mil dólares...

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Porque yo le ofrezco medio millón por sus servicios durante un tiempo digamos relativamente breve. Dos semanas, quizá un mes

o dos como máximo.

—¿Medio millón? Stacy, creo que es usted muy generoso.

Humprey Stacy iba a responder, pero su rostro reflejó un súbito dolor pese a la casi total oscuridad que reinaba en el «Rolls-Royce» que rodaba por Manhattan.

El poderoso «gángster» apretó los dientes. Sacó un tubo de pastillas y se puso una de ellas en la boca. Luego, la mascó engulléndola sin agua. Instantes después, recuperaba su aspecto anterior.

—¿Qué le estaba diciendo, amigo Ross?

Fred comprendió que Humprey Stacy no quería hablar de lo que le había sucedido y lo secundó volviendo al diálogo primitivo.

—Pues que me ofrecía medio millón de dólares por mis servicios, una oferta que jamás me han hecho.

—Bien, eso quiere decir que acepta.

—No corra tanto, Stacy, yo no he dicho tal cosa. Puedo burlarme de la policía, ir a «chirona» durante unas horas por meter las narices excesivamente...

—O por quejarse algún marido no demasiado satisfecho.

—Bah, eso no ha tenido nunca importancia.

—Sí, sí que la tiene. Sé que le gustan las mujeres.

—¿Y a qué hombre no, Stacy?

El gángster sonrió, agregando después:

—Pero, todos no tenemos su suerte.

—¿Suerte?

—Sí, aunque, las mujeres se acercan a los hombres por una sola cosa.

—¿Cuál?

—Interés.

—Bueno, también hay amor —objetó el periodista.

En aquella conversación trataba de estudiar a su interlocutor para luego poder escribir sobre él con mayor conocimiento de causa. Interiormente se maldecía por no llevar encima una pequeña máquina japonesa de fotografiar que se introducía en el reloj, pero en aquella noche de boxeo no había pensado que pudiera dialogar con el personaje más interesante con que se tropezara en su vida de reporter.

—Sólo es interés, claro que en el interés hay tres divisiones.

Interés económico, interés de posición, por huir o escapar de algo se van a unos brazos cualesquiera...

—¿Y la tercera?

—Atracción física o moral, o sea, amor, esa palabreja cursi que usted ha empleado porque ha sido uno de los favorecidos en esta vida.

—¿Se lamenta?

—No —rió quedo— ni mucho menos. He tenido las mujeres que he deseado y le aseguro que por lo menos delante mía no han hecho mala cara, he sido muy generoso con ellas. Pero, eso no es para mí lo más importante de esta vida. Hay otras cosas mejores.

—¿Cómo qué?

—¿Le interesa mucho saberlo, amigo Ross?

—Podría ser.

—Escribiría un buen artículo, ¿verdad? —rió suficiente, en tono quedo, seguro de tener el mando de la situación.

—¿Le atraen las drogas?

—Es inútil que me pregunte Hoy no responderé a ese interrogante.

—¿Cuándo, entonces?

—Cuando llegue el momento oportuno.

—¿Me da su palabra?

—¿Confía en la palabra de Humprey Stacy? —preguntó con sarcasmo.

—Sí.

—En ese caso, le doy mi palabra, es más, no tendrá que recordármela. Cuando llegue el momento le relataré toda mi vida.

—¿Punto por punto? —inquirió Fred haciéndosele la boca agua ante la perspectiva de tan sensacional reportaje.

—Mire Ross, por una de las cosas que voy a ofrecerle esa nada despreciable cantidad de quinientos mil dólares es para que escriba mi biografía. Sé que no lo hace mal en su vida literaria. He leído algunas de sus biografías publicadas y confieso que me ha gustado su estilo. Por eso he pensado en confiar esa tarea a su pluma.

Fred Ross se estiró en el asiente. Extrajo el paquete de cigarrillos, que tendió a Stacy, pero éste negó con la cabeza. Fred prendió fuego a un pitillo y aspiró el humo. Luego preguntó:

—¿Y los derechos de edición? Su biografía se vendería como la

mantequilla y usted lo sabe.

—Sí, lo sé, y los derechos de autor, en todas partes, serían para usted íntegramente.

—¿Aparte del medio millón?

—Naturalmente. ¿Aún no se ha dado cuenta de que soy muy generoso?

Fred Ross achicó las pupilas y miró a los negros que parecían absortos en las luces que se divisaban través de las ventanillas.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Stacy?

—Sí, puede hacerme las preguntas que quiera. Luego ya veré las que contesto.

—Bien. ¿Por qué toda una vida de incógnito y ahora pretende publicar su biografía?

—Lo siento, pero esa pregunta también tendrá que esperar.

—Pero ¿me la responderá?

—Sí, desde luego —asintió sonriendo.

A Fred le pareció que aquel enano que casi escondía su rostro tras las enormes gafas oscuras se estaba burlando de él.

—Por lo que deduzco, habrá que hacer algo más que escribir para ganar ese medio millón.

—Sí, y no sólo para obtener el medio millón, sino también para tener al biografía que puede darle todavía mucho más dinero, convertirlo de golpe en millonario.

Fred demostró frialdad en sus nervios al decir:

—Le advierto que si tengo que ponerme al otro lado de la ley...

—¿Sabe Ross que aunque me presentara en una estación de policía diciendo quién soy no podrían detenerme?

—¿Falta de pruebas?

—Sí. Ni siquiera hay un cargo contra mi persona. Soy digamos popular y desconocido a un tiempo, pero no pueden culparme de nada pese a...

—A que es el amo del mundo de las drogas, de la prostitución. Controla a un mundillo de abogados criminalistas y hasta a los salteadores de Bancos que le pagan para obtener su protección. Por eso, la opinión pública se escandaliza cuando un asesino convicto se sale con pocos años de cárcel o queda libre. Dicen que vale la pena pagarle.

—Desde luego, Ross. Silos saben lo que hacen, conocen mi

poder. Además, también controlo la Bolsa en el mundo y muchas otras cosas.

—Me figuro que hasta a los políticos. Bueno, algunos quedarán que sean honrados.

—Pocos, muy pocos, Ross, se lo aseguro. En busca del éxito, de la popularidad, venden su camisa al diablo.

—Un diablo que se llama Humprey Stacy.

—Es muy chistoso, Ross. Ya lo he notado en sus biografías.

Fred expulsó el humo que llenara sus pulmones por breves instantes y apremió:

—Dígame de una vez qué es lo que quiere de mí, aparte de ponerme la miel en los labios, miel que no dude rechazaré si el trato no me interesa.

—Como me figuraba, es usted un tipo íntegro.

—No lo dude, Stacy. Todos somos un poco cínicos y podemos hacer más o menos jugarretas, pero yo no seré de los que venden su camisa a Humprey Stacy aunque la policía no pueda cogerme jamás, porque sé que ése es su sistema.

—Sí, ése es mi sistema. Ninguno de mis colaboradores directos ha sido encerrado nunca. No están fichados ni lo estarán mientras yo me cuide de ello.

El lujoso automóvil se detuvo frente a un semáforo rojo. Los ojos impasibles del japonés lo observaron con indiferencia. Un policía irlandés a caballo controlaba el tráfico farragoso del Rockefeller Center.

Tras un breve silencio, Stacy prosiguió:

—Conozco lo que me interesa de usted.

—¿A saber?

—Es un excelente periodista.

—Mi jefe siempre gruñe.

—Gruñendo dicen que se saca más. Es como aquella frase de que «quien no llora no mama».

—¿Y usted también gruñe?

—No. Me he dado cuenta de que no sirve de tanto. Ofrezco dinero o...

—Practica la amenaza y en consecuencia, las medidas drásticas.

—Eso es. Quien me molesta o quien deja de servirme y resulta peligroso, desaparece.

—¿Es lo que tiene pensado para mí cuando deje de serle útil?

—No, no sea tan desconfiado. Usted es un caso especial.

—¿Por qué?

—Porque no pertenece al mundo del hampa. Sólo sería un testigo de un tiempo de la vida de Humprey Stacy.

—¿Piensa retirarse después?

—Quizá, pero, estábamos hablando de usted.

—Entiendo la indirecta.

Stacy sonrió.

—Es agradable tratar con tipos como usted, Ross. Bueno, déjeme terminar. Pega bien, ya lo ha demostrado con Wayato.

—¿Es una cualidad necesaria para el trabajo que va a proponerme?

—Sí. Es posible que tenga que utilizar armas.

—Ignoraba que quisiera dedicarse a entrar en acción por sí mismo.

—No, no se trata de atacar a nada que pueda afectar su integridad moral, Ross.

—¿Entonces?

—Seguramente nos encontraremos con la competencia y es posible que ofrezcan resistencia. Óigame una cosa, Ross. Si liquida a alguno de ellos (lo que es muy posible que suceda porque o mata usted o le matan a usted) sólo hará que ayudar a la ley, a la justicia. Cuantos nos ataquen serán escoria de la sociedad mundial. La policía no nos atacará para nada.

—En ese caso, parece que no deberé tener reparo en oprimir el gatillo.

—En ese aspecto puede estar tranquilo. Se verá obligado a matar ratas que no repararán en nada.

—¿Porque se sentirán acorraladas por usted?

—Es posible. Tengo que visitar unos cuantos nidos de esos repugnantes roedores y no van a recibirme con los brazos abiertos, por supuesto.

—¿Y yo tendré que acompañarle?

—Usted tendrá que hacer las visitas en mi nombre.

—¿Pretende convertirme en su emisario?

—No, en algo mejor. En Humprey Stacy.

—¿Qué? —exclamó sorprendido totalmente. Su sangre fría no

esperaba aquella revelación, mas pronto se acostumbró a ella—. ¿Es que acaso ellos tampoco le conocen?

—No, no me conocen. Usted o cualquiera que yo designe puede pasar tranquilamente por Humprey Stacy.

—¿Quiere un doble para el *traveling* de acción, el más peligroso?

—Sí. ¿Tiene miedo?

—¿Miedo? Es la segunda vez que me preguntan eso hoy. El que me lo pregunte por tercera recibirá un puñetazo en el centro de sus narices.

—Eso está bien dicho. Bueno, ya ve que el trabajo no es un caramelo, pero puede salir muy beneficiado, claro que, por supuesto, tendrá toda la protección que le haga falta de mis hombres. Además, yo estaré siempre cerca. Usted mismo me llevará a todas partes.

—¿A todas partes? ¿Qué quiere decir?

—Ross, usted fue uno de los mejores pilotos de la «Air Force». Ha entrado en combate numerosas veces y ha conseguido medallas. Sabe lo que es tener entre manos un veloz reactor.

—¿Me quiere contratar también como piloto?

—Sí. Usted pilotará mi avión particular que será nuestro cuartel general.

—¿No sería más práctico ir en automóvil de un lado a otro?

—Ross, creo que no me he explicado bien. Esas ratas de las que le he hablado no sólo están en los Estados Unidos, sino en todo el mundo. Vamos a efectuar un vuelo de placer alrededor de la tierra con mi avión particular.

—Es un trabajo que puede interesarme. Me enteraría de muchas cosas para completar su biografía, haciéndole excelentes reportajes, pues podría incluir en ellos a esas ratas de que hemos hablado, ¿verdad?

—Sí, claro que sí. Después de visitarlos, ya no van a interesarme para nada.

—Creo que esos reportajes serán la bomba del siglo. Tendré que recoger mi cámara fotográfica en mi apartamento.

—No, Ross, usted no tomará ninguna máquina de fotografiar. Yo ya le proporcionaré todo el material que precise para su nuevo trabajo.

—¿Desconfía?

—Podría sentir la tentación de hacerme una fotografía antes del momento adecuado. Ahora... —Estiró de un cajón que brotó del respaldo delantero, apareciendo un teléfono que descolgó—. Llame.

—¿A quién?

—A su jefe gruñón. No deseo que empiecen a buscarle por desaparición. Dígale que ha decidido tomar unas vacaciones para dar la vuelta al mundo y que no le verá hasta su regreso.

—Si le digo eso, me despide.

Stacy sonrió.

A Fred le parecía que aquel hombre no pertenecía a la raza intrínsecamente blanca, pero, oculto su rostro casi enteramente por las enormes gafas oscuras, era difícil de identificar étnicamente.

—¿Cree que no le recibirá con los brazos abiertos cuando regrese con sus sensacionales y sabrosos reportajes?

Ross asintió con la cabeza.

—Tiene razón, Stacy, tiene razón. ¡Al diablo con mi jefe gruñón!

—Wayato —interpeló al japonés mientras el joven comenzaba a marcar el número de la Redacción.

—¿Diga, señor?

—Deja ya de pasear. Vamos al apartamento del señor Ross. Hemos de recoger su pasaporte y su carnet de piloto.

—Sí, señor —asintió el asiático pisando a fondo el acelerador.

Los faros del «Rolls-Royce» dejaron de horadar cansinamente la noche neoyorquina para iluminar el camino rumbo a su nuevo objetivo.

El carnet de piloto iba a hacer mucha falta a Ross; el trabajo empezaría enseguida.

CAPÍTULO III

Marjorie pasó su diestra por el lacio y largo cabello dorado, casi platino, que estorbaba su visión mientras conducía el lujoso «Mercury» último modelo.

La chica parecía ansiosa de vivir la vida intensamente. Había cumplido dieciocho años recientemente y ya se había cansado de sus amistades habituales, a las que calificaba de demasiado aburridas.

Pisó el acelerador a fondo y rebasó un semáforo rojo haciendo chirriar los frenos de otros automóviles en el farragoso centro de Manhattan en la confluencia de la Avenida Madison y la calle 72.

Miró hacia atrás y sonrió.

—Los he pasado a todos sin rozarlos siquiera...

Marjorie no ignoraba que una cámara fotográfica, adosada al semáforo, le había fotografiado, cosa que pareció importarle muy poco.

—Papá pagará la multa como siempre.

Aquella rubia, de rostro alegre y grandes ojos verdes poseía la belleza que debería tener Afrodita en su adolescencia y al mismo tiempo la inconsciencia propia de un duendecillo burlón que no había nacido para estar serio y grave.

Condujo el «Mercury» por una calle solitaria y lo detuvo cuando no vio a nadie por los alrededores. Luego, se miró a sí misma.

—Puaf, mamá siempre con vestidos de señorita de alta sociedad... Un poquito de minifalda para no hacer el «ridi» y ya está.

Comprobó de nuevo que no hubiera nadie por los alrededores y abrió una bolsa de deporte que llevaba en su auto.

Instantes después la ropa cara, adquirida en una de las mejores

«boutiques» de la Quinta Avenida, quedó al fondo del auto.

Se quedó en la mínima expresión de ropa y luego se puso unos ajustadísimos pantalones de piel y un jersey de lana gruesa pese al calor reinante. Por último, rodeó su cuello con un collar que consistía en una cuerda de la que pendía un amuleto azteca.

—Así estoy mejor —se dijo contenta.

El «Mercury» arrancó de nuevo, pero esta vez rodó despacio, sin prisas.

Al fin, la muchacha de largos cabellos lacios divisó lo que buscaba e hizo señales con los focos, haciendo rodar el auto junto al bordillo.

—¡Eh, amigo! —llamó.

El hombre que caminaba por la acera tenía el aspecto de un vagabundo.

Era joven, aunque magro y alto. Llevaba barba y su piel era más blanca que un papel de excelente calidad. Hacía calor y, no obstante, una bufanda rodeaba su cuello.

—¿Me llamas a mí? —preguntó con desgana el individuo, ya corriente en aquel *East Village* de Nueva York, lugar al que se habían trasladado muchos de los «hippies» de San Francisco.

—¿Eres un «hippie» auténtico o de esos de fin de semana? —preguntó ella sacando la cabeza por la ventanilla.

«El hijo de las flores» repuso indiferente:

—Soy de los que alimentan en el «Diggers»^[1].

Aquella respuesta pareció gustar mucho a la joven, que expresó su satisfacción con un grito alegre:

—¡Ah, qué bien!

El «hippie» la miró como se observa a un bicho raro pero al que se considera inofensivo.

—¿Te sucede algo, nena?

—Sube al auto, te llevaré adonde quieras.

—¿Llevarme? No tengo adonde ir esta noche.

—Sí, sí que tienes. Conocerás algún lugar donde se reúnan tus amigos, ¿no?

—Bueno, eso depende.

—¿Depende, de qué? —inquirió ella ahora sorprendida.

—De la plata que se tenga en el bolsillo. Los míos están vacíos esta noche.

—No te preocupes, yo pago la fiesta. Tengo dinero.

—¿Tienes dinero? ¿Cuánto?

—Quieres saber demasiado. ¿Cómo te llamas?

—Johnny.

—Bien, Johnny, sube al auto y guíame hasta el mejor lugar donde estén tus amigos.

El repelente Johnny subió al «Mercury» y cerró la portezuela. La chica lo puso en marcha e interrogó:

—¿Qué dirección tomo?

—Sigue recto. —Tras permanecer callado unos instantes objetó —: Tú sí que eres una hija de las flores de fin de semana.

—Me gustaría serlo siempre.

—¿Con este carro? —se asombró indicando el lujoso «Mercury».

—Es de mi padre.

—Ya. Te aburres en casa, ¿eh?

—Ahora deseo ir a divertirme. Oye, ¿me venderán

«L. S. D.»?

—¿Has tomado alguna vez? —preguntó mirándola de reojo.

—No, nunca, pero me han hablado tanto de ella que quisiera conocerla.

—Una toma cuesta cinco dólares.

—Bah, no importa. ¿Tienes tú aquí para venderme?

—No. Si la tuviera ya la habría tomado. ¿Me pagarás tú una?

—Si me ayudas a divertirme, sí —asintió ella conduciendo alegremente en la inconsciencia de su juventud.

El «Mercury» siguió adelante. Mientras el coche avanzaba, el tal Johnny opinó:

—Eres guapa. ¿Cómo te llamas?

—Marjorie. ¿De veras crees que soy guapa?

—Sí. Podrías hacerte una excelente «hippie».

—¿Y cuáles son las reglas?

—Hay que amar la paz, gritar contra la guerra.

—Y tomar drogas. ¿Eso es todo?

—No, bueno, hay más, pero ya irías aprendiendo.

—Oye, y los que no tienen dinero para pagar, ¿cómo obtienen la «L. S. D.»?

—Pues, haciendo trabajitos.

—¿Qué clase de trabajitos?

Johnny alargó su mano con evidentes intenciones; de acariciar la pierna femenina, pero ella le apartó.

—Quita la mano o no te pago la toma.

—Está bien, está bien, no te molestes. Eres muy nueva todavía. Para ser una buena «hippie» te han de pulir un poco.

Marjorie, segura de sí, volvió a sonreír mientras pensaba que si su padre descubría a Johnny dentro del coche pondría el grito en el cielo y al «hippie» en la cárcel.

En su imperio de oficinas comerciales no daría el más mínimo empleo a un tipo como Johnny.

Marjorie conocía bien a su padre y sabía que cada vez que oía hablar de «los hijos de las flores» enfermaba.

Cerca del *East River* en la zona oriental del *East Village*, sede de los «hippies» en Nueva York, se detuvo el «Mercury» obedeciendo la indicación de Johnny.

—Ahí, ése es. No hay otro mejor.

—«El Psicodel» —leyó Marjorie.

Aquel rótulo había sido pintado con una brocha y pintura roja sobre un portal sucio y mugriento. Las letras tenían la particularidad de no ser iguales entre sí. Todas estaban hechas de cualquier forma.

—¿Ahí dentro hay jaleo?

—Sí, ya lo creo. Éste es el más lujoso, ya te lo he dicho. Cuesta algo más caro, pero tú tienes dinero, ¿verdad? No vayas a fallarme... Dentro hay unos tipos que si se molestan le zumban a uno.

—No te preocupes, yo pagaré.

—Entonces, entremos.

Dejaron el coche atrás y penetraron en el portal que estaba muy oscuro.

La joven tuvo que hacer equilibrios para no tropezar con las piernas de unos sujetos que habían sentados o tumbados junto a las paredes. Algunos fumaban, otros semejaban dormir. A Marjorie le pareció que todos pertenecían al mismo sexo, pues no se diferenciaban entre sí.

—¿Qué hacen aquí tirados, Johnny?

—No tienen dinero para entrar y esperan que alguien les tire alguna moneda.

—¿Y si no les dan limosna?

—Oye, nena, eso no es limosna, sino compañerismo.

El que tiene más da al que tiene menos, ¿entiendes? Como tú a mí.

—Sí, claro, pero ¿y si nadie les da nada?

—Pues mañana se levantan y se van a comer al «Diggers».

—¿Y cuando llega la noche de nuevo?

—Vuelven aquí. ¿Verdad que es divertido?

Marjorie parpadeó y de haber luz habría sido un parpadeo muy visible.

Se encogió de hombros y saltando por entre las piernas que obstaculizaban el paso siguió a Johnny penetrando en el «Psicodel» propiamente dicho.

Aquella cueva de «hippies» no era una sala grande, sino muchas estancias unidas entre sí por haber sido derribados los tabiques.

Había muy pocas luces y algunas de ellas relampagueaban con intermitencia.

Había mucho humo y olía mal, a sudor, a humanidad. Marjorie era la única que parecía observar a los demás, abriendo mucho sus grandes ojos, descubriendo por primera vez un mundo del que la habían hablado tanto y que ahora estaba comprobando no era tan bonito. No veía la suciedad de los que llenaban «el Psicodel», pero la olfateaba.

—Creo que es mejor que me marche. Otro día volveré —dijo de repente.

Johnny la cogió del brazo sin ningún miramiento y la condujo al fondo del local. La chica no se resistió, diciéndose que era demasiado tonta por preocuparse.

—Hola, Johnny. ¿Traes compañía? —preguntó un tipo con jersey y tanto pelo en la cara que sólo se le veían ligeramente los pómulos, la nariz y los ojos.

—Sí, y trae plata.

—¿Ah, sí? ¿Y cuánta plata traes, muñeca? —preguntó directamente.

Marjorie estuvo a punto de replicar que a él qué le importaba, más se contuvo y respondió:

—Cincuenta dólares.

—Cincuenta dólares es mucho —se apresuró a decir Johnny—.

Podrás darme dos tomas, paga ella.

—Sí, Johnny las tendrás, descuida.

—Y luego la comisión. Ella es nueva.

—¿Qué comisión? —preguntó la muchacha.

—Ten, tus dos tomas —dijo el tipo del «Psicodel» entregándolas al *«hippie»*.

—Gracias, gracias... Me voy a la mesa del fondo. Allí te veré, nena.

—¡Eh Johnny, voy contigo!

—No, tú te quedas aquí un momento. Todavía no me has pagado la

«L. S. D.»

de tu amigo.

—¿Era

«L. S. D.»

lo que le has dado?

—¿Y qué iba a ser, agua destilada?

—¿También me darás a mí ahora?

—Tú no te has pinchado nunca, ¿verdad?

—Bueno, no soy tan nueva como dice Johnny.

—A ver el brazo...

Cogió la mano de ella, subiéndole la manga del jersey.

—¡Déjeme, déjeme!

—¡Cierra el pico! Ya veo... Tienes la piel tan virgen como el resto del cuerpo seguramente.

—¡Es un grosero! —Insultó ella, molesta por el trato.

—Tú no eres una *«hippie»* muñeca, lo que tú pretendes es divertirte. Te aburres en casa.

Marjorie lanzó una mirada hacia Johnny que se hallaba en una mesa lejana. El mismo había comenzado a inyectarse una de las ampollas con una jeringuilla tan sucia como él. La joven sintió una viva repugnancia.

—Yo no tengo casa.

—¿Ah, no? ¿Y de dónde has caído, del cielo?

—He llegado hoy en un barco.

—¿Y de dónde has llegado?

—De Australia.

—¿De Australia? ¡No me hagas reír! ¿Qué han dicho tus padres?

—¡No tengo padres! —replicó vehemente.

—A mí me parece que me estás mintiendo.

—¿Por qué tendría que hacerlo? Soy libre como un pájaro y ahora, me marcho.

—Espera, espera, no te molestes tan pronto. Si quieres ser de los nuestros debes ser más flexible. Anda, ven adentro. Te presentaré a unos amigos. Tú vales demasiado para ir con tipos como Johnny.

Marjorie miró hacia atrás, pero aquel individuo la empujó suave pero firmemente, cerrándole toda salida.

La muchacha sintió que las rodillas le temblaban pero se sobrepuso diciéndose que era una tonta por inquietarse. Después de todo, nada malo iba a pasarle.

Subió por una escalera hedionda y pasaron por un piso deshabitado. Luego, bajaron otra escalera tras penetrar por una puerta disimulada y por último se introdujeron en un corredor en el que habían varias puertas cerradas.

El de la barba se detuvo frente a una de ellas y llamó.

—Es aquí. Ya verás, muñeca.

La hoja se franqueó.

Un individuo que en nada se parecía a un «hippie» y si a un «gángster» profesional, dado su aspecto, les abrió la puerta.

Frente a ella había un despacho que nada tenía de sucio ni de pobre. Poseía todas las comodidades, incluyendo aire acondicionado.

Marjorie vio a tres tipos más, pero su atención se centró en el sujeto grueso, de escaso cabello, que se sentaba tras una mesa despacho moderna y lujosa.

—¿Qué ocurre, Peter? —preguntó el hombre de la mesa sacándose el cigarro de la boca.

Con grandes esfuerzos, Marjorie trató de sonreír pero debió hacerlo muy mal. Notó que la miraban como si estuviera desnuda y sintió miedo y vergüenza a un tiempo.

—«Boss», le traigo una mariposa de primera calidad.

—Bueno, creo que debo marcharme —dijo ella apresuradamente dando media vuelta y dirigiéndose a la puerta.

El tipo que había abierto se interpuso y la empujó hacia el centro de aquel enorme y lujoso despacho sin que nadie le dijera nada por tratarla de aquella forma.

—Sí, es bonita. Oye chica, ¿cuántos años tienes?

—Veintitrés.

—No mientas. Tú no tienes ni veinte.

—Si lo sabe, ¿para qué pregunta?

—No te hagas la simpática, monada.

El de la barba, llamado Peter, se apresuró a decir:

—No tiene a nadie, no van a notar su falca. La ha traído Johnny porque ella tenía cincuenta dólares y le ha pagado un par de tomas. Ella también quiere pero es nueva.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el jefe.

—Marjorie.

—¿Qué más?

—Nada más. Me escapé de un orfelinato australiano.

—Dice que ha llegado en un barco.

—¿Y cómo subiste al barco, preciosa?

La imaginación de Marjorie trabajó aceleradamente como siempre.

—De polizón.

—¿De polizón? De Australia a aquí son demasiados días sin comer.

—Ah, no. Yo entré de polizón, pero era amiga de un teniente mercante que me ayudó pasándome en su camarote. El procuraba alimentarme cada día.

Peter sonrió, comprendiendo, al tiempo que argüía:

—Y yo que creí que era nueva...

—Bueno, si ya ha tenido un amigo mejor para acomodarse a una de nuestras casas de muñecas.

—¿Casas de muñecas? ¿Qué quieren decir? —preguntó comenzando a sentir que la sangre se helaba en sus venas.

—Vamos, no te hagas la tonta. Sabes bien lo que quiero decir. Si has sido la amistad de ese tenientecillo no te vendrá de nuevo, aunque tus futuros amigos no sean tan guapos como él.

Marjorie era una chiquilla, pero comprendió de qué se trataba y se horrorizó.

—¡Están locos!

Echó a correr, pero de nuevo fue rechazada hacia delante.

—No seas estúpida. Tendrás la droga que quieres y sólo tendrás que portarte bien. Además, se te dará para tus gastos.

—¡Al diablo con sus drogas, yo no sé nada, déjenme ir!

—La pondremos a trabajar pronto y en uno de los mejores lugares. La chica vale.

Sujetada por los brazos, pero golpeando con sus piernas, la muchacha gritó:

—¡Jamás conseguirán de mí monstruosidad semejante, no, no podrán!

—Eso te lo crees tú, muñeca. Al cabo de una semana y con unas inyecciones que te dejen contenta te volverás más sumisa que una gata de Angora.

—¡No, mi padre los aplastará!

—¿Tu padre? —rugió el jefe—. ¿No has dicho que no tenías padre? —Miró a Peter y ordenó—: Registradla.

—¡No, no me toquen, no me toquen, no me pongan las manos encima, sucios!

Marjorie fue registrada y se le encontró un billetero femenino que voló hasta la mesa del jefe. Éste lo abrió leyendo rápidamente los documentos de identidad.

—Marjorie Montgomery... —Parpadeó—. ¿No serás la hija de Steve Evans Montgomery, el financiero?

—¡Sí, sí, él es mi padre y los matará!

—«Boss», puede que le esté mintiendo —indicó Peter.

—Espera, eso será fácil de comprobar. —Miró a la mujer con ojos escrutadores. Luego, llamó por teléfono. Tras responderle al otro lado del hilo, dijo—: Oye Wallace, soy Kendall.

Se hizo un pequeño silencio. Luego, prosiguió:

—Eres un buen chico y haces buenos artículos de sociedad. Te pagaré bien, como siempre, pero hazme un favor. Steve Evans Montgomery, ¿tiene una hija?

De nuevo una pausa mientras hablaban al otro lado de la línea.

—Sí, pero no metas las narices. ¿Comprendes? Gracias. —Colgó el aparato y miró a Marjorie sonriendo—. Sí, eres una Montgomery.

—Y ahora, ¿me soltará?

—«Boss», vamos a perder un negocio si la soltamos. Puede rendir mucho. Es muy joven y bonita, sólo hay que mirarla.

—Cierra la boca, Peter. La soltaremos, pero cuando su papá venga a buscarla con, por ejemplo, cien mil dólares.

—¿Cien mil dólares? ¿Está loco? ¡Mi padre no se los dará y le

llevarán a la silla eléctrica por rapto!

—No me llevarán a ninguna parte, muñeca. Yo no te he raptado.

—Entonces, déjeme ir.

—No, no me entiendes. Yo no te he raptado, es una cuestión de matiz. Simplemente, te retengo porque te he encontrado en mal estado. Luego, le pediré a tu padre que venga a recogerte.

—¿Que me ha encontrado en mal estado? ¡Si estoy bien!

—Pero dentro de un rato no lo estarás. La encerráis y le inyectáis la «rápida».

—¿Metedrina? —preguntó Peter sonriendo.

Marjorie había oído hablar de aquella droga que asustaba hasta a los que eran adictos a ellas y tembló por lo que iba a ser de su vida. Ya se le habían pasado las ganas de divertirse.

—Inyectarle en varios pinchazos la misma toma. Será bueno que al llamar a Montgomery le diga que su hija es una toxicómana perdida. Eso nos eximirá de rapto y además él procurará tapar el caso.

—«Boss», es un negocio bueno y rápido —aplaudió Peter llevándose a la chica.

—¡No, no lo conseguirán, son monstruos! ¡Yo les denunciaré!

Kendall se quedó frotándose las manos sobre la mesa, sonriente. Miró a los dos hombres qué habían quedado con él y dijo:

—Iremos preparando las cosas. Esperaremos unas horas a que noten su falta. Luego, que le haga efecto la droga. Cuando venga a buscarla, todavía nos dará las gracias por avisarle del paradero de su hija.

Transcurrieron unos minutos. Mientras Kendall trazaba un plan para terminar con aquel negocio que se le presentaba tan fácil, sonó en la puerta la señal que sólo conocían los miembros de su banda.

—Abre —ordenó.

El «gángster» de los ojos fríos abrió la puerta y en el umbral apareció un hombre desconocido para ellos.

Era alto, delgado, moreno, de ojos impenetrables. Su aspecto era grave y, tras él, dos gigantes negros observaban con atención.

—Eh, ¿quién es usted?

—Soy Humprey Stacy.

CAPÍTULO IV

Kendall miró a su extraña visita, asombrado y preocupado a un tiempo.

Los dos gigantes negros imponían, pero él confiaba en sus hombres. Sin embargo, lo que más le inquietaba, era la mirada dura de quien dijera ser Humprey Stacy.

—¿Quieres bromear, amigo? —preguntó.

—No bromeo. He venido a verte.

—¿Para qué?

—Para arreglar cuentas.

—¿Qué clase de cuentas?

—Quiero cierta cantidad de dinero y dejaremos saldados nuestros compromisos. En adelante, cada cual se preocupará de lo suyo. No habrán más convenios.

—¿Qué no habrán más convenios?

—Eso he dicho. Te proporcionaré los datos suficientes para que puedas caminar por ti solo.

Kendall se echó atrás en su asiento y sonrió fríamente.

—Parece un buen negocio dejar de depender para siempre de Humprey Stacy, sacar por mi cuenta todos los beneficios. ¿Cuánto dinero pides?

—Diez millones de dólares —respondió metálicamente el hombre del cabello oscuro y que no era otro que Fred Ross, suplantando al «gángster» que le contratara.

Lo único que Ross pretendía con todo aquello era realizar el reportaje más sensacional de su vida. En aquellos instantes, levantó su bocamanga y el gemelo pareció tener vida por una centésima de segundo. Kendall y su despacho quedaron fotografiados sin saberlo. Aquella cámara se la había proporcionado el astuto y enano Stacy.

Kendall dio un brinco poniéndose en pie tras la lujosa mesa.

—¡Diez millones de dólares! ¿Estás loco?

—Creo que estoy en mi sano juicio. Además, en todo esto saldrás ganando. Te costará algún tiempo recuperarte, pero luego, todo serán beneficios limpios.

—¡Tú no eres Humfrey Stacy, yo te diré quién eres!

Esta vez fue Ross quien sonrió fríamente, pero con una tranquilidad que no gustó al propietario del «Psicodel». Aquella extraña visita se sentía demasiado segura de sí misma y eso solía resultar peligroso.

—¿Quién soy?

—¡Un vividor, un coyote listo, muy listo, que se quiere aprovechar de algún dato que haya podido obtener! ¡Tú no eres Stacy, no, yo lo conozco bien!

—Tú no me conoces, nunca me has visto —replicó Ross en tono metálico mientras los dos guardaespaldas que le había asignado el verdadero Stacy y los sicarios de Kendall permanecían en silencio.

El grueso Kendall comenzó a perder su frialdad. Un ligero tinte rojizo cubrió su faz extendiéndose hasta su calva pese a los esfuerzos que hacía para dominarse.

—Insisto en que no eres Humfrey Stacy y ahora te largas de aquí inmediatamente si no quieres que mis hombres te manden al infierno a ti y a tus compañeros negros.

—Mis hombres son muy rápidos —advirtió Ross como no dando importancia a sus palabras—. Además, tengo otros afuera que desintegrarán todo esto con unas cuantas cargas si a mí me sucede algo. No obstante, eso no es todo lo que puede suceder.

—¿Ah, no?

—No, porque podría ser que escaparas y en ese caso, también saldrías perjudicado.

—¿Cómo?

—Mejor será que dejemos liquidado este asunto y no hablemos de tonterías.

—No voy a tragarme la píldora. Tú no puedes ser Stacy. Eres demasiado...

—¿Joven?

—Sí. Hace mucho tiempo que Stacy trabaja en esto. Hace muchos años que es el rey del hampa.

—Me estás haciendo perder el tiempo y la paciencia, Kendall.

—Demuéstrame que eres Stacy.

Ross sonrió con una seguridad aplastante.

—¿No he golpeado la puerta con la contraseña?

—Sí, pero eso no quiere decir nada y menos cuando Stacy no ha estado nunca aquí. No tenía por qué conocer la contraseña.

—Yo lo sé todo.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo te comunicas conmigo?

Ross extendió su diestra señalando el teléfono.

—Es especial. Tiene una pequeña emisora-receptora dentro. Si suena como timbre es que llaman al teléfono, si suena como chicharra es que llamo yo.

Kendall palideció ligeramente. ¿Sería cierto que tenía delante al propio Humprey Stacy? No le interesaba expresar su duda en voz alta, como tampoco le interesaba dar el dinero aunque fuera el verdadero Stacy.

—Sí, tengo que admitir que eso es verdad.

—Tan verdad como que dentro de cinco segundos uno de mis hombres llamará por ese aparato preguntando si estoy aquí.

Todos quedaron atentos para comprobar si aquello era cierto.

Los segundos pasaron lentamente. Parecía que cada uno de ellos era marcado con el golpe de un sonoro gong. Al fin, lo esperado e inesperado a un tiempo, llegó, tensando sus nervios. La chicharra sonó.

Kendall miró el aparato que continuaba repiqueteando y luego al hombre frío que tenía delante.

—Vamos, cógelo.

Kendall obedeció. Llevándose el auricular al oído respondió a la llamada.

—¿Quién es?

—¿Está ahí Humprey Stacy? Quiero hablarle.

—¿Y quién es usted? —inquirió malhumorado.

—Uno de sus hombres —respondió la voz al otro lado de las ondas, ya que no llegaba a través del hilo telefónico.

—Dame el auricular, Kendall.

Con la autoridad de un general que toma el transmisor de campaña de manos de un soldado raso, Ross cogió el auricular y contestó en voz alta sin importarle que le escucharan.

—Está bien, Guss. ¿Hay algún problema?

—No —respondiendo al otro lado.

—Entonces, cuelga. Nuestro amigo ya está convencido.

Ross colgó el auricular. Los negros continuaban controlando a los dos «gangsters» del «Psicodel». Si había pelea, entrarían inmediatamente en acción con sus poderosas moles, cubiertas por la piel morena que habían heredado.

—No, no estoy convencido todavía —dijo como perro que se enfrenta a alguien al que no se atreve a atacar, contentándose con rugirle y mostrarle los dientes.

—Podría darte muchas más pruebas.

—¿Cómo cuáles?

—Pues, podrías telefonear a Chris S. Randall.

—¿El abogado?

—Sí. Él tiene muchos papelotes sobre ti y además sabe que yo iba a venir a verte porque pienso retirarme del negocio.

—¿Retirarte del negocio? ¿Quién va a ocupar tu puesto?

—El que sea más listo. Eso es cosa que no me interesa.

—¿Y por qué quieres retirarte del negocio? —preguntó sin querer llamarle Stacy.

—Soy joven, pero considero que ya puedo vivir el resto de mi existencia con el dinero que tengo. Además, albergo otros proyectos y no deseo seguir como un «gángster».

—¿Otros proyectos?

—Sí. Me gusta la política. Puede que llegue a senador, pero antes de empezar, quiero dinero, mucho dinero. Voy a solucionar esta cuestión de un modo rápido y drástico. Luego, dejaré zanjada mi vida anterior. Por eso no me he dado a conocer jamás, ni siquiera he permitido que me fotografíe nadie.

—Pues, hay algo que no encaja.

Kendall había hablado seguro de haber encontrado una baza a su favor.

—¿Qué es lo que no encaja?

—Pues que no te hayas dejado ver nunca y en cambio lo hagas ahora.

—¿Mo hubieras entregado diez millones de dólares de no venir personalmente a pedírtelos?

—Ni en persona ni por teléfono. No hay dinero aquí.

—Sí lo hay.

—Si según tú piensas retirarte, ¿para qué he de darte esa fabulosa cantidad de dinero?

—Quieres ser un coyote y no eres más que una rata.

—Cuidado Stacy, te pasas.

—Ya es hora de que me llames por mi nombre —dijo sonriendo

—. Ahora, es cuestión de que te muestre algo convincente.

—¿Algo convincente? Lo dudo —casi gruñó Kendall.

Sin mirar a los dos negros, Ross alzó su mano y llamó:

—Tiger.

El interpelado, que llevaba un portafolios negro en la mano, sacó de un departamento exterior de éste un aparato plegado que puso en la diestra de Ross.

—¿Qué es eso? —preguntó intrigado el «gángster» del «Psicodel».

—Algo que te interesará. Toma —dijo entregándoselo después de desdoblado.

El aparato en cuestión era un visor portátil e individual de diapositivas colocadas en una cartulina circular. Una vez situada ante las lentes y mediante un resorte, iba dando vueltas.

—¿Qué hay aquí?

—Míralo y lo sabrás. Te advierto que no es un ejemplar único. Puedes quemarlo si te apetece.

El «gángster», interesado, aplicó sus pupilas ante las lentes.

A cada diapositiva que pasaba, su gesto se endurecía más y su rostro adquiría una palidez casi cadavérica.

Las instantáneas eran pruebas irrefutables de la culpabilidad de Kendall en distintos asuntos: Había fotografías de sus lugares de corrupción ilegal, la fotografía de recogida de estupefacientes en el muelle neoyorkino, otra en la que acababa de asesinar a una mujer y todavía se hallaba con el revólver en la mano...

—¿Cómo, cómo has podido obtenerlas? —gritó apretando el visor y clavándose los hierros del mismo en sus manos.

—No he llegado a ser el rey del hampa precisamente por mi estupidez —silabeó Ross sin abandonar su seguridad—. Si yo te fijaba una cita, siempre había una cámara preparada en el lugar más impensado. Métodos de espionaje pero que dan excelentes resultados para tener seguros a mis colaboradores.

—¡Pero cuando liquidé a esa chica, tú nada tenías que ver con ella!

—Cierto, pero yo he tenido siempre controlados tus asuntos y más de uno de tus hombres trabaja para mí, es decir, reciben dinero de mis arcas.

—¿Quién, quién ha sido? —chilló mirando inquisitivamente a sus dos secuaces.

Ambos palidecieron, apresurándose a negar con la cabeza.

Ross había conseguido su propósito de sembrar el recelo en aquella guarida de lo que él denominaba ratas.

—Es inútil Kendall, no te lo dirán. Ya ves que estás en mis manos, porque con entregar una de las copias a la policía nadie te libra de asarte en la parrilla.

—¡Aún puedo escapar del país con todo el dinero!

—Lo dudo Kendall, lo dudo. Mis hombres aguardan fuera y no olvides que conozco todas las salidas de tu reducto. ¿Adónde llegarías? No muy lejos. Te conviene más pagar, librarte de mí y recuperar lo que pierdes hoy en el futuro.

—¿Y cómo sé que me libro de ti para siempre, que no volverás?

—Tendrás que conformarte con mi palabra.

—¡Eso es demasiado poco a cambio de diez millones de dólares!

—Mi palabra puede ser poco, pero tu vida es mucho, ¿no crees? Vamos, entrégame el dinero y acabemos de una vez. He deseado ser convincente contigo y he perdido demasiado tiempo aquí.

—Pues lo siento. No tengo esa cantidad que, como comprenderás, es fabulosa.

—Sí, sí la tienes, en tu caja fuerte en este mismo despacho. Una bóveda tan recia como la de un Banco nacional. Tú no te fías de los Bancos. Prefieres tener el dinero en tu caja y disponer de él cuando te apetece. Así, nadie te lo numera para ver a qué cosas los destinas. Sabes perfectamente que ése es un sistema de la policía para conocer en qué se emplean las sumas importantes que salen de los Bancos. Es fácil controlar la numeración primero y ver dónde aparece luego. Pero, si el dinerito se tiene en casa no hay numeración que valga, máxime cuando ese dinero va entrando en cantidades relativamente pequeñas. De todos tus burdeles recoges billetes sucios que engrosan tu cuenta y no hay modo de controlarlos. Esa clase de billetes son los que a mí me interesan.

Kendall tragó saliva dificultosamente. Sus dos sicarios le miraron atentamente. Esperaban una señal, la más ligera, para entrar en acción y así evitar el perder diez millones de dólares.

—Stacy —dijo con voz fatigada, sudando copiosamente.

Irónico, Ross preguntó:

—¿Qué te sucede? ¿No te sientes bien?

—Pides demasiado. Cinco millones son más que suficientes.

—No. He dicho diez.

—Vuelve, vuelve mañana y hablaremos más tranquilamente.

Ross llevó su mano al bolsillo superior de la chaqueta. Aquello fue una señal para los dos gigantes negros que dieron un paso hacia atrás al tiempo que sacaban sus pistolas encañonando a los sorprendidos secuaces de Kendall.

—Ahora mismo o lo perderás todo.

—Está bien Stacy, tú ganas, pero esto es una marranada.

Ross sonrió mientras Kendall se dirigía hacia un óleo que pendía de la pared.

Ross le cortó el camino con su voz:

—No Kendall, ve hacia la cortina del fondo. Allí tienes tu bóveda.

El «gángster» se contuvo. Respiró hondo y cambió de dirección al tiempo que Ross se acercaba al cuadro, apartándolo.

Tras él apareció el cañón de un ametrallador que, accionado por un muelle tenso, se movía de un lado a otro en forma de abanico.

—Excelente. Sólo tenías que apretar el botón y hubieras barrido la habitación a balazos, lástima que te habrías cargado también a tus hombres, claro que eso no importa si se trata de salvar tu vida, ¿verdad?

—Sólo deseaba intimidarte —protestó Kendall.

—Eres muy simpático. Es una pena que yo tenga tan poca paciencia para escuchar chistes malos.

Tras sus palabras, Ross golpeó con su puño la oreja del «gángster» lanzándolo hacia los espesos cortinajes.

Kendall, hombre de escasa resistencia física, se derrumbó. Tocándose el oído con la mano, se incorporó sin decir palabra. Tiró de un cordón y la cortina se apartó dejando al descubierto la recia puerta de una caja fuerte.

Kendall manipuló en las ruedas introduciendo más tarde dos

llaves distintas. Al fin, la caja fuerte se abrió.

Ross olfateó opinando:

—Huele mal.

—Los billetes usados, en cantidad, siempre huelen mal —dijo uno de los secuaces de Kendall.

—Tiger, saca las bolsas y llénalas. El propio Kendall va a ayudarte.

El negro pasó la pistola a las manos de Ross. Después, abrió el portafolios y de él extrajo dos bolsas plegadas de recio plástico.

El «gángster» del «Psicodel» profirió un gruñido al ver la capacidad de las bolsas de plástico, más no podía hacer nada por el momento y comenzó a apartar los billetes que Tiger se apresuró a introducir en las sacas.

—Procura escoger billetes grandes Kendall, o no van a caber dentro de las bolsas —señaló Ross.

Los billetes fueron cayendo dentro de las sacas que parecían monstruos de enormes bocas devorando el dinero. De pronto, de entre los billetes hediondos, Kendall sacó una

«P-38»

con la que encañonó a Fred rápidamente.

Éste, al ver el arma en las manos del «gángster», no perdió tiempo y apretó el gatillo produciendo la primera detonación de la noche.

Los dos secuaces de Kendall se revolvieron a su vez empuñando sus respectivas pistolas. Tiger temió salir mal parado de aquel encuentro al estar desarmado, pero Fred no dudó en disparar.

—¡Al suelo Barry! —advirtió al otro gigante de color.

El tipo de la mirada fría que servía a Kendall tuvo que soportar dos balazos. Dio unos traspiés, y se derrumbó sonoramente tras derribar varios muebles. Luego, quietud.

—Se acabó. Vamos Tiger, llena las bolsas. Tú Barry, ayúdale. Yo vigilaré. Ahora no podemos entretenernos en contar los billetes. Meted todo lo que quepa, tanto si hay más como si hay menos.

Los dos gigantes de color no tardaron en llenar las bolsas que parecieron dar de sí más de lo que había esperar. Sin embargo, aún quedaron billetes dentro de la caja, billetes que no atrajeron a Fred Ross. Era dinero tan apestoso como sucio de procedencia.

—Salgamos.

—Espere —pidió Tiger sacando un pequeño paquete de aspecto inofensivo.

—¿Qué es esto? —preguntó Ross.

Tiger arrancó el cordel que lo envolvía y lanzó el paquete al suelo al tiempo que corría fuera del despacho donde yacían los cadáveres de tres hombres que habían vivido siempre al margen de la ley.

—Es una carga incendiaria. Stacy dice que es muy efectiva para destruir pruebas.

Ross se la quedó mirando mientras los dos hombres de color cargaban cada uno con un saco lleno de billetes.

El paquete estalló produciendo la mitad de ruido que una bomba de mano, aunque esparció fuego en cinco yardas a su alrededor.

Éste prendió rápidamente en muebles y cortinajes.

Fred no dudó que iban a encontrar muy pocas pruebas allí, seguramente ninguna. Sólo tres cuerpos carbonizados y si alguna de las balas no se había incrustado en un hueso, no podrían discernir si habían muerto en el incendio o a balazos.

—¡Socorro, Sáquenme de aquí! —gritó una voz femenina al otro lado de la puerta por delante de la cual pasaba Fred.

—¡Eh, esperad! —pidió a los negros.

—No, olvídense. Las órdenes de Stacy son de largarse rápidamente —replicó Barry cuando por el fondo del pasillo aparecía la figura barbuda de Peter que, al descubrirles, empuñó una «Browning» que llevaba consigo.

CAPÍTULO V

Fred Ross oprimió el gatillo antes de que lo hiciera Peter y éste, que llevaba impulso hacia delante, se desplomó contra el suelo.

Los dos negros, cargados con el dinero, saltaron por encima de su cuerpo en la rápida huida. Por su parte, Fred forcejeó con la puerta tras la cual gritaba una mujer.

—¡No me dejen aquí, sáqueme, sáqueme, quiero irme, no tienen derecho!

—¡Apártese de la puerta, voy a disparar! —exclamó Fred tras cargar contra la puerta y percatarse de que era demasiado fuerte para ser reventada de aquella forma.

Apretó el gatillo del arma y sólo salieron las dos balas que restaban al cargador. Pero, hubo suficiente para destruir la cerradura y el resto lo hizo el cuerpo de Ross.

Una vez abierta la puerta, del interior salió una muchacha rubia de cabellos lacios que miró a un lado y a otro. Por último, quedó aterrada ante la pistola que Fred tenía en su mano.

—¿Va a matarme? —preguntó llena de miedo.

—No, no es esa mi intención. Corramos. Esto se va a convertir pronto en una hoguera.

—¿Y ellos? —preguntó.

—¿Quiénes?

—Los que me han raptado.

—¿Estabas raptada?

—Sí. Querían inyectarme drogas y luego convertirme en una, en una... —Estalló en un llanto desgarrado, llenando sus grandes ojos de lágrimas.

—No temas, ya no te pasará nada. Ellos están muertos. Anda, corre y salgamos de aquí.

Fred ayudó a la joven a escapar del antro por la puerta que utilizaran para entrar.

Fred no le había preguntado a Stacy de dónde había sacado tantos datos. Era cosa suya, no en vano se le llamaba el rey del hampa.

Ya en el callejón, en el que todavía imperaba el silencio pues no se había advertido el incendio que no tardaría en alarmar a todo el vecindario, Fred dijo a la chica:

—Huye, ya eres libre.

Ross echó a correr hacia el «Rolls-Royce» que esperaba al final del callejón pero la chica le siguió velozmente gracias a que no eran faldas lo que cubrían sus bonitas piernas sino unos pantalones.

—¡Espere, espere!

Fred se detuvo dejándose alcanzar por ella que aún tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué sucede?

—¡Ahora que me ha salvado, no va a dejarme sola!

Sujetó a la muchacha por ambos brazos y mirándola fijamente a los ojos que, sin poderlo evitar, le atrajeron con fuerza, preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Marjorie, Marjorie Richardson.

—Pues bien Marjorie, estás a salvo. Procura no dejarte raptar más. No frecuentes esos antros y regresa a tu casa. El mundo no es como lo pinta Walt Disney. Esta parte de Nueva York es tan sucia como sus calles y sólo tienes que olfatear un poco para darte cuenta.

Ahora pórtate bien, que pareces buena chica, y vuelve a tu casa.

—Pero, si mi casa no está en Nueva York.

—¿Que no está en Nueva York? —preguntó intrigado—. Entonces, ¿dónde está?

—En Londres, Inglaterra —mintió descaradamente una vez más en sus eternos enredos.

—¿Qué? ¿En Inglaterra? ¿Y qué haces aquí?

—Pues, ya se lo he dicho, me han raptado y me han traído aquí.

—¿Desde Inglaterra?

Marjorie trató de despejar rápidamente la incredulidad varonil explicando:

—Fuimos varias las raptadas, pero por lo visto yo era la más

joven. Bueno, el tipo ese de ahí dentro ha dicho que le gustaba para él. A las otras se las llevaron y a mí me han dejado encerrada aquí. He pasado un horror tremendo. Raptada en Inglaterra y quién sabe adónde me hubieran llevado después de ultrajarme. —Y se tapó la cara llorando de nuevo.

—Vamos, vamos, calma.

—¡Ross, Ross! —gritaron desde el final del callejón.

—¡Ahora voy! —respondió sin atreverse a dejar sola a la chica, sumida en llanto.

—No va a dejarme, ¿verdad?

—Mira Marjorie, ya eres mayor aunque no hayas alcanzado la mayoría de edad. Ve a una comisaría, explica lo que te ha sucedido y ellos te regresarán a Inglaterra con tus padres.

—Si me presento en la comisaría me harán muchas preguntas, querrán saber todo lo que ha pasado. Me humillarán. Pasaré vergüenza, saldré en los periódicos y luego mis padres sufrirán por mí y todos me señalarán con el dedo, eso, si me creen y no me meten en un reformatorio porque habiendo muerto esos «gangsters» ¿quién va a confiar en mi palabra?

—Esto se pone complicado... ¿Dices que tus padres están en Inglaterra?

—Sí, eso es, en la calle Lancashire cuarenta.

—Está bien. Vente conmigo. No te prometo nada, pero ya veremos qué puedo hacer por ti.

Cogiéndola por el brazo, corrió hacia el automóvil de Humprey Stacy que aguardaba impaciente.

Por el edificio del «Psicodel» comenzó a salir humo aunque en escasa cantidad. Olía ya a chamuscado y no tardarían en dar la voz de alarma, aunque ya sería demasiado tarde para salvar la guarida de Kendall.

Al llegar junto al «Rolls-Royce», la portezuela se abrió. Los paquetes habían sido guardados en el portaequipajes.

—Vamos, adentro —apremió Fred empujando a la muchacha hacia el interior del coche.

—Eh, ¿qué significa esto? ¿Qué hace esta chica aquí? —preguntó Stacy sorprendido y molesto a un tiempo.

—Su amigo Kendall la había raptado. Es inglesa.

—¿Y a mí qué diablos me importa si es inglesa o japonesa? —

Gruñó Stacy—. Las órdenes son las órdenes y no quiero líos ni mujeres en esto.

Marjorie miró preocupada al enano junto al que se había sentado y escuchó con agrado las palabras del hombre que la defendía y la había salvado, aquel hombre de aspecto atrayente y muy viril.

—Vamos, vamos, en los sacos hay más de lo que ha pedido y yo no quiero ni cinco por el trabajito. A cambio sólo pido que deje a la chica tranquila, que venga con nosotros. La volveremos a su casa y todo terminado.

—¿Van a llevarme a Inglaterra? —preguntó asombrada.

—Ross, admito que ha hecho un buen trabajo, he escuchado toda la conversación gracias a un transmisor.

—Que Tiger llevaba encima.

—¿Lo ha descubierto?

—No soy tan imbécil como cree, Stacy, y me alegro de que se haya dado cuenta de que puedo hacerle un trabajo bien si me tiene contento, claro.

—Ya suponía que un hombre como usted me traería líos de faldas.

—No se preocupe. La chica lleva pantalones.

Marjorie, que ya se veía corriendo una gran aventura en medio de los «gangsters», se apresuró a decir:

—No molestaré, lo prometo.

—Ya lo ha oído, no dirá nada. Por otro lado, ella lo ignora todo. Ni le conoce a usted ni hace falta que le conozca, de modo que puede seguir tranquilo.

En aquel momento sonó la sirena de los bomberos acercándose a toda velocidad. El incendio había adquirido proporciones.

—Vamos Wayato, arranca; ya sabes la dirección —ordenó Stacy.

El japonés asintió con la cabeza.

El «Rolls» no tardó en salir aceleradamente del East Village.

Stacy parecía grave y Fred no dijo nada, pero notó que la muchacha se le aproximaba apartándose ligeramente del viejo. Poco después, Marjorie inclinaba la cabeza sobre su hombro y la dorada cabellera se desbordó sobre su chaqueta. Los ojos se le cerraron.

—Sólo traerá complicaciones y a mí no me agradan, máxime cuando lo tengo todo calculado.

—No gruñe Stacy, sólo es una cría. Fíjese. Es tarde y tiene sueño. Se ha dormido, ni se va a enterar de nada. Sólo pretendo dejarla en Inglaterra.

—Está bien, no hablemos más de este asunto, pero recuerde una cosa.

—¿Qué?

—Si la chica se convierte en un pequeño obstáculo que pueda amenazar mis planes, mis hombres se encargarán de eliminarla y a usted también si es preciso. No hay nadie insustituible aunque lo haga bien. Más perderá si estorba.

—No tema tanto por sus planes, Stacy. No pasará nada.

El lujoso automóvil abandonó Manhattan por el puente de George Washington pasando a Nueva Jersey en dirección al aeropuerto de Newark.

El trayecto fue recorrido con relativa rapidez por el poderoso «Rolls». Llegaron al aeropuerto que registraba un tránsito aéreo inferior a sus compañeros neoyorkinos, en especial el gigantesco Kennedy Airport.

El «Rolls» se detuvo ante una verja. Wayato sacó un pase por la ventanilla y el guardián franqueó la reja tras saludar llevándose la mano a la gorra.

Luego, la puerta volvió a cerrarse, pero el automóvil ya roncaba dentro de la zona del aeropuerto.

Wayato sabía muy bien en qué dirección conducía el coche.

En una pista lateral, un poderoso tetrarreactor, en cuyo morro podía leerse «CONDOR-JET», les aguardaba.

—¿Es ése su avión?

—Sí. Me han asegurado que es muy veloz. Veremos qué rendimiento le saca usted, Ross. Vamos a dar la vuelta al planeta con él.

—Tiene buen aspecto —admitió dando un vistazo al aparato a través de la ventanilla.

Cuando el vehículo se acercó al «Jet», lo hizo por la cola.

La panza del aparato se abrió convirtiéndose en una rampa por la que el «Rolls» trepó sin ninguna dificultad. Después, la abertura se cerró de nuevo.

El interior del «Condor» estaba profusamente iluminado. Cuatro tipos de mirada fría y recelosa a un tiempo rodearon el coche

cuando ellos salían.

—¿Cómo ha ido todo, chicos?

—Bien. Todo está preparado. En la cabina aguarda el ingeniero de la firma constructora del aparato. Ha de dar instrucciones a quien vaya a hacerse cargo de él.

—Perfecto —admitió Stacy. Miró hacia atrás y vio a Ross inclinado sobre Marjorie—. ¿Qué le pasa a la chica? —preguntó malhumorado.

—Que está «roque» —respondió el reporter simplemente—. ¿Hay algún compartimiento con litera para ella o todo el avión está vacío como esta bodega de carga?

—No, arriba hay compartimientos —admitió Stacy—. Podemos darle uno.

—En ese caso, la llevaré yo mismo.

Con cuidado, la cogió entre sus brazos y siguió a Stacy que a su vez caminaba tras los negros.

Dentro del aparato habían dos automóviles, ambos poderosos y nuevos. Ross se fijaba en todo, especialmente en las miradas de los cuatro blancos que observaban a Marjorie de un modo muy especial. La chica era bonita y con los ojos cerrados, dormida, aún lo parecía más.

Subió con ella al piso superior. Con una llave que llevaba encima, Stacy abrió uno de los compartimientos.

El interior tenía una litera, un pequeño lavabo y una ventana de cristal irrompible que daba al exterior.

—¿Qué, le parece bien para su Blancanieves? —Gruñó Stacy.

—Sí, no está mal. La dejaremos dormir aquí. —Y la estiró sobre la litera.

Ross extendió su diestra hacia el enano Stacy, que apenas le llegaba al codo, y pidió:

—La llave.

El hombrecillo, por paradoja rey del hampa que tenía atemorizados a los grandes del hampa mundial, sonrió desdeñoso y puso la llave en la mano de Ross.

—No perdamos más tiempo. Vaya a la cabina. Quiero despegar inmediatamente. El aparato ya ha sido probado con cien horas de vuelo por la compañía constructora.

—Mejor, así sabremos seguro que no nos desintegraremos. Ah,

se me olvidaba. Hará falta un radio, un experto en transmisiones. Es indispensable.

—¡Clarence! —llamó Stacy.

Uno de los cuatro hombres, que quizá destacaba de los demás por ser el más bajo y también el más recio, con un cuello potente como el de un búfalo, se adelantó. Su cabello hirsuto estaba cortado al cepillo, dándole un aspecto de fuerza.

—¿Conoces bien la radio? —preguntó Ross.

—Sí. He sido sargento piloto en Vietnam.

—Vaya, eso está bien. Veremos qué tal te portas aquí.

Los dos hombres caminaron hacia la cabina y Stacy, que no quería que le viera nadie que no perteneciera a su organización, se escondió en el compartimento habilitado para él.

El ingeniero, que fumaba aburridamente en la cabina del aparato, se levantó al ver al recién llegado acompañado de Clarence.

—¿Es usted el piloto?

—Sí. Me llamo Fred Ross.

—¿Pueda mostrarme su carnet? Es indispensable, de lo contrario no podría confiarle el aparato como tampoco le darían la salida en el aeropuerto.

—No hay cuidado. Tome mi carnet y anote los datos —dijo Ross entregándole su carnet de piloto.

—Piloto militar, ¿eh?

—Sí, y de caza bombardero a reacción.

—Magnífico, así no habrán problemas con esta paloma que va a pilotar ahora, aunque tiene algunos adelantos que desconocerá. —El ingeniero tomó nota de todos los datos que necesitaba para rellenar la ficha oficial de registro y después dijo—: Vea, esta palanca sirve para...

Ross escuchó atentamente los datos que le iban dando y media hora más tarde, el ingeniero salía por la portezuela deseándoles buena suerte.

—Voy a dar la comunicación a la torre de control. Un tractor vendrá a remolcar el «Jet» para ponerlo en pista y en cuanto al carburante, no tema; están llenos todos los depósitos.

Fred le saludó con la mano y mirando a Clarence le indicó su lugar para mantenerse atento a las comunicaciones que habría de

recibir.

Clarence era un tipo huraño y en su rostro destacaban sus ojos muy juntos.

Ros se dijo que no debía fiarse de él, al igual que de los demás. Aquella noche había comprobado que era muy fácil morir en el mundo en que se había metido.

Se sentó en su puesto de mando, una butaca cómoda que ajustó a la medida de su altura y de su espalda. Luego, conectó los circuitos eléctricos para que se calentaran las lámparas y aparatos de medida que en frío no habrían marcado con excesiva precisión.

—Están llamando de la torre de control —advirtió Clarence.

Fred se colocó los auriculares y escuchó. Le daban la Salida y los datos meteorológicos.

Poco después, el tractor del aeropuerto enganchaba un cable al «Condor-Jet» para guiarle en sus primeros pasos por tierra y centrarlo en pista. Minutos más tarde, los cuatro motores zumbaron de modo ensordecedor.

El tetrarreactor no tardaría en cruzar la barrera del sonido tras dejar atrás las luces de Newark. Los focos de pista guiaron su camino. Las ruedas se lanzaron a toda velocidad y el morro del «Condor» se alzó mirando al aire y sumergiéndose en él.

CAPÍTULO VI

La noche era buena. Apenas habían atravesado algunas barreras de nubes ligeras, sin consistencia. No había peligro de choque con las montañas, ya que volaban a once mil metros de altura.

Clarence iba receptando los mensajes de radio y enriando los suyos sobre la ruta del aparato cuando en la cabina de mando apareció Wayato.

—Ross —interpeló.

El piloto de la nave giró la cabeza hacia el recién llegado.

—¿Sucedé algo?

—El señor Stacy dice que me de la llave.

—¿Qué llave? —preguntó mirándolo inquisitivamente.

—La del compartimiento de la chica.

—¿Para qué?

—El señor Stacy está molesto. La chica no cesa de gritar y patear la puerta.

Fred sacó la llave de su bolsillo. La mantuvo en la palma de su mano, pero no la entregó al japonés.

—Iré yo mismo a verla.

—¿Usted? ¡Es el piloto! —replicó el japonés un tanto asustado al ver cómo se levantaba del asiento que correspondía al piloto.

—No hay cuidado. Acabo de poner el piloto automático. El «Condor» seguirá su ruta sin desviarse un solo grado.

Fred abandonó la cabina, y seguido de Wayato, se dirigió al pasillo donde se hallaban los compartimientos. Sin tropezarse con nadie, se detuvieron ante la puerta de la que brotaban gritos y golpes.

—Si quiere que la chica siga en este mundo, procure que no moleste al señor Stacy —advirtió el oriental—. Podría irse hacia

abajo.

—Procura que no sea así, porque a la tortilla de chica le añadiría un poco de limón. Ahora, largo. Ya me entenderé yo con ella.

El asiático no perdió la compostura. Sonrió fríamente y se alejó del lugar.

Fred Ross sabía muy bien que con el oriental a su espalda jamás podría sentirse seguro. Aquel hombrecillo de pelo lacio y ojos oblicuos le odiaba. Le había humillado y no lo perdonaría.

Introdujo el llavín en la cerradura y franqueó la puerta metálica. Marjorie casi se precipitó contra él.

—¡Quieta, quieta! —ordenó sujetándola.

—¿Dónde estoy, dónde estoy?

—Yo soy Fred, el que te sacó de aquel antro apenas hace unas horas.

—¿Fred? Sí, te recuerdo pero, me he dormido... ¿Dónde estoy?

—En estos momentos debemos estar volando sobre Colorado.

—¿Volando sobre Colorado? —exclamó estupefacta—. ¿No estaré soñando una pesadilla?

—¿Pesadilla? No, no. Mira. —Sin ningún miramiento la pellizcó en un brazo. Ella dio un brinco de dolor.

—Sí, sí, ya veo, pero no, no lo repitas.

—Bien. Ahora, entremos. Tengo que decirte algunas cosas.

La empujó con suavidad hacia el interior del departamento y luego cerró la puerta. Ambos se sentaron en la litera.

—Pero, si volamos sobre Colorado, ¿hacia dónde nos lleva el piloto?

—El piloto soy yo, Marjorie.

—¿Qué? ¿Tú y estás aquí, conmigo?

—No temas, el reactor lleva piloto automático y volamos sobrepasando la barrera del sonido y a más de once mil metros de altura. Aunque, el aparato es estupendo y no se nota nada. Está bien acondicionado.

Ella señaló el ojo de buey.

—Antes he mirado por ahí, pero está tan oscuro que no sabía si me encontraba en un barco o un avión.

—No temas, yo cuidaré de ti, pero tendrás que ayudarme.

—¿Cómo?

—Haciendo menos ruido. El dueño de todo esto es un poco

expeditivo y ya me han avisado que si te conviertes en un estorbo abrirán la trampilla y te dirán adiós.

Marjorie tragó saliva. Su rostro adquirió un tono pálido y la nuez semejó atragantársele en la garganta.

—¿De verdad que me arrojarán al vacío, así, por las buenas?

—Sí, ya te he dicho que son muy prácticos.

—¿Son «gangsters»?

—Creo que se les puede dar esa denominación.

—¿Y tú también eres un «gángster»?

—No. Soy el cronista de las últimas horas de un «gángster», aunque para que me retribuyan bien tengo que hacer algún que otro trabajito, entre ellos pilotar este pajarraco mecánico.

—¿De veras tú no eres como ellos?

—¿Te interesa mucho que no lo sea? —inquirió él en voz más baja.

Luego la miró y añadió:

—Vamos, vamos Marjorie, eres todavía una chiquilla y...

La chica se puso en pie de un brinco y se movió sinuosa ante él. Sonrió y preguntó:

—¿De veras crees que soy una chiquilla?

—Bueno, hay que admitir que estás crecidita.

—¿Nada más?

—Y, y...

—¿Y qué más? —apremió ella.

—Marjorie, ¿sabes que pones las cosas difíciles?

—¿Por qué pongo las cosas difíciles?

—Me temo que eres una chica muy alegre y algo irresponsable. Cuando lleguemos a Inglaterra y te deje en manos de tus padres me sentiré aliviado.

—¿En Inglaterra, en manos de mis padres? —repitió sorprendida enarcando las cejas sobre sus grandes ojos verdosos, algo felinos.

—¿No me has dicho que te habían raptado en Inglaterra?

Ella no pudo contener la risa. Saltó de las rodillas de él y, ya en pie, tuvo que llevarse ambas manos a la boca para, ahogar su hilaridad.

—Pero ¡si yo nunca he estado en Inglaterra!

Las cejas masculinas parecieron cubrir aquellos ojos que taladraron a la alegre Marjorie.

—¿Por qué la mentira en el «Psicodel»?

—Porque tenía miedo y quería que me salvaras. Se me ocurrió que...

—Engañándome, ¿eh? —Gruñó Fred poniéndose en pie y hundiendo las manos en sus bolsillos. La miró malhumorado y dijo —: Que no se te ocurra mencionar nada sobre esto. Si se entera Stacy vas a pasarlo mal.

—¿El enano?

—Sí, el enano, que tiene más poder del que te crees y no vacilará en matarte a ti y a mí juntos si considera que vamos a representar un peligro para él. De modo que, mientras yo no te ordene lo contrario, seguirás siendo inglesa.

—Pero, no lo soy.

—Entonces, ¿de dónde diablos eres?

—De Filadelfia.

—¿De Filadelfia? ¿Y cómo llegaste a Nueva York? —Gruñó más que preguntó.

—Pues, éramos varias compañeras del internado. Teníamos ganas de ir a un lugar de diversión, con mucho ambiente.

—Ya, continúa.

—Unos muchachos, amigos de una de las chicas, nos llevaron a un club de las afueras. Estuvimos bailando y bebiendo, bebimos mucho. Luego, los chicos se marcharon, nosotras no supimos por qué. Luego, una se durmió en uno de los sofás y yo comencé a sentir sueño, mucho sueño. Cuando desperté me hallaba dentro de una furgoneta y poco después llegábamos a Nueva York.

—Vaya, vaya. ¿Y tus amiguitas, dónde están?

—No lo sé. Te mentí al decirte que era inglesa, pero no al contarte lo que había pasado con aquellos hombres monstruosos que se llevaron a mis amigas y a mí me dejaron allí porque le gustaba más al «boss» como ellos lo llamaban.

—Después de mentirme como lo has hecho, ¿pretendes que te crea ahora?

Marjorie le miró seria, grave. No dijo nada, pero dos lágrimas gruesas, aplastantes, brotaron de sus ojos surcando sus mejillas.

—Está bien, está bien, te creo, pero óyelo bien, ni palabra. ¿Comprendido?

—Lo que tú digas, Fred.

—Te advierto que todos no aguantan como yo los embustes de niñas mimadas. Ah, por cierto, no me has dicho quiénes son tus padres.

—¿Mis padres? No, si no tengo padres.

—Entonces, ¿quién pagaba el internado de Filadelfia?

—Mis tíos. Mi madre era hermana de mi tía. Ella es muy buena, pero se deja dominar completamente por mi tío y él no quería verme cerca, por eso me internaron.

—Pero ¿y tus padres? ¿Acaso...?

Ella asintió con la cabeza, añadiendo verbalmente:

—En un accidente de automóvil.

—Lo lamento. Bueno, creo que ya hemos charlado bastante. Saldremos a estirar un poco las piernas pero, con cuidado. Los que están con nosotros en el avión no se diferencian en nada de los que te raptaron en el «Psicodel».

Fred sacó un pañuelo y enjugó las lágrimas de las sonrosadas mejillas.

Abandonaron el departamento y se dirigieron a la cabina de mando. Clarence seguía en su puesto.

—¿Hay alguna señal, algún dato? —preguntó Fred.

—No, todo va normal. Volamos ya sobre Utah.

—Magnífico. —Fred comprobó que el piloto automático no había variado el rumbo y tras dar un vistazo a todas las manecillas de los controles, volvió junto a Marjorie que se había quedado junto a la puerta.

—Vamos, daremos un vistazo por las entrañas de nuestro pajarraco.

Bajaron a la bodega del aparato. En ella continuaban los tres coches, sujetos para que no se desplazaran de un lugar a otro. El portaequipajes del «Rolls-Royce» aparecía abierto.

—Ya se han llevado el dinero —dijo Fred.

—¿Qué dinero?

—El que tenía Kendall en su caja. Vamos.

Subieron por otra escalerilla y fueron a parar a la zona de popa.

Empujaron una puerta y se encontraron con Stacy y seis de sus hombres, entre ellos los dos gigantes negros y Wayato.

—Vaya, ¿de paseo? —preguntó más que ironizó Humprey Stacy.

—Sí, quería dar un repaso a la nave. Es una costumbre que

tengo desde que me regalaron la primera bicicleta cuando era un chaval.

—Muy chistoso, Ross. ¿Ella...?

—Nada, no sabe nada.

—Pero, ve demasiado.

—No creo que afecte su negocio. —Para desviar la conversación miró a los hombres del «gángster» que acababan de contar unos fajos de billetes—. ¿Ha ido bien?

—No podemos quejarnos y, debo felicitarle, Ross.

—¿A mí, por qué?

—Pedía diez millones y hay más de trece.

—Bueno, en la caja ha quedado más dinero, pero el fuego lo habrá destruido todo.

Stacy lanzó una mirada a la muchacha y objetó:

—No hable demasiado, ella está delante y si quiere dejarla viva después conviene que sepa poco. De lo contrario...

—Yo no diré nada, yo he de estarles agradecida por haberme salvado —dijo arrimándose a Fred.

—Buena canción... ¿Te la ha enseñado él? —preguntó Stacy.

—Olvídese de la chica y no le tenga tanto reparo. —Fred se fijó en la puerta de acero que había al fondo del aparato y que cerraba con combinaciones especiales—. Una buena caja fuerte —opinó.

—Buena, no, excelente. La he hecho construir para encajarla en la cola del aparato reactor.

En aquel momento, Stacy se puso lívido. Se tambaleó ligeramente y Wayato le ayudó a sostenerse.

El «gángster» sacó una píldora de las que Fred le viera utilizar en el coche y se la tomó. Poco después se encontraba mejor, pero hubo de permanecer sentado frente a su caja fuerte donde se habían almacenado los billetes.

—¿Está ya mejor? —preguntó Ross.

—Sí, es un ligero mareo, pero no tiene importancia. ¿Qué estaba diciendo?

—Hablabas de su caja fuerte, especial para el avión.

—Ah, sí, es un cilindro de acero especial y de mucha capacidad.

—¿Piensa llenarlo? —preguntó Fred con sarcasmo.

—Hasta donde pueda —fue la respuesta— y nadie va a quitármelo.

—Si el avión tiene un fallo, todo se perderá —advirtió Ross irónico.

—No, el cilindro y lo que contenga, no. Caiga dónde caiga, lo máximo que puede sufrir son unas abolladuras, cosa que dudo a menos de que se golpee contra rocas. Pero, siempre permanecerá cerrado y aunque lo rodearan de fuego no se quemarían los billetes por estar revestido de amianto.

—Los cuidadores del tesoro nacional debieron ofrecerle un empleo, Stacy.

—Jamás hubieran podido pagarme todo lo que he ganado y voy a ganar.

—¿En Los Ángeles añadirá más billetes a ese cilindro? —preguntó Fred.

—Sí, y usted volverá a representar su papel.

—Espero tener suerte y dígame, ¿para qué quiere acumular todo ese dinero si con el que tiene ahí dentro —señaló el cilindro— es suficiente para vivir cómodamente el resto de sus días?

—Para qué lo quiero es cosa mía y ya se lo explicaré en el último momento. Ah, tengo una cinta magnetofónica grabada para entregársela.

—¿Una cinta magnetofónica? —preguntó intrigado.

—Sí, son los primeros recuerdos de mi niñez. Iré grabando todo lo que recuerde de mi vida por orden cronológico y usted compondrá mi biografía con su estilo habitual. Su trabajo terminará cuando la biografía esté completa.

—Está bien. ¿Dónde encontraré máquina para escribir y una grabadora para escuchar la cinta?

—En su compartimiento.

—Magnífico, no pierde usted el tiempo, Stacy.

—Me agrada organizar bien las cosas. Ahora, vaya a controlar el avión, porque quiero que sepa que si le pasa algo a este aparato hay pocos paracaídas y usted y la chica se quedarían sin.

—Comprendido. Vamos, Marjorie. Tengo trabajo, mucho trabajo.

Fred y la rubia se alejaron en dirección a la cabina.

Humphrey Stacy se preocupó de cerrar por sí mismo la caja fuerte adaptada a la cola del tetrarreactor.

Movió los mandos de las ruedecillas en clave e introdujo las dos

llaves de seguridad, quedando de este modo su tesoro inaccesible a manos ajenas que no fueran las suyas propias. Per, último, se volvió hacia sus hombres.

—Esa chica es un estorbo. No me agradan los tipos mujeriegos como Ross. Siempre acaban enredándose con faldas y en este trabajo no se toleran las distracciones.

Wayato, sonriendo, insinuó:

—La chica podría escapar al llegar a Los Ángeles o a cualquier parte.

—Sí, no es mala idea —aceptó Stacy.

El japonés agregó:

—Claro que Su amigo Ross no tendría por qué enterarse de que la chica ha de sufrir un accidente, digamos mortal, en su fuga.

—Bien, bien, Wayato, tendrás unos billetes extra por encargarte de este trabajo. Ingéníatelas como quieras pero quítala de mi vista. Que Ross no se entere del modo en que nos hemos desembarazado de ella pues surgirían más problemas de los necesarios. En ese caso, debería prescindir de tus servicios y ya sabes qué ocurre cuando alguien me ha creado problemas.

—Comprendo señor Stacy, comprendo, pero no hará falta que me elimine. Haré bien el trabajo. La chica desaparecerá del modo más ingenioso, se lo prometo.

CAPÍTULO VII

Fred Ross introdujo la palanqueta e hizo saltar la cerradura de la puerta con suma facilidad. Luego, empujó la hoja y se vio en una gran terraza, limpia y despejada, en la que no había nadie.

Tuvo la precaución de cerrar de nuevo la puerta tras pasar con su bolsa deportiva, en la que campeaban impresas las siglas de una importante compañía aérea estadounidense.

Anduvo por la terraza. Se asomó a la balaustrada y, diez pisos más abajo, en la Santa Ana Freeway, una de las arterias más populosas del Downtown de Los Angeles, descubrió el «Chrysler» que le condujera hasta allí.

Dentro aguardaban los dos negros. Les hizo una señal con la diestra, a la que ellos respondieron sacando una de sus manos por la ventanilla.

El rascacielos de Los Angeles tenía una base poderosa constituida por aquellos diez pisos sobre los que estaba Fred. En el centro de la base y a ras de fachada, formando conjunto con la misma, se alzaba la gran torre del rascacielos con treinta pisos más.

El lado de la torre que daba sobre la gran terraza sur era el más soleado y todas las plantas (dedicadas a oficinas) tenían una gran cristalera de unos quince metros cuadrados. Algunas de ellas estaban tamizadas por persianas, pero otras dejaban pasar el sol generosamente.

Ross se acercó al ascensor-montacargas exterior que ascendía gracias a una viga carril central colocada en perpendicular a la terraza y al lado derecho de los enormes ventanales.

Aquel ascensor se utilizaba para la limpieza exterior de las ventanas gigantes, ya que éstas no se podían abrir. En aquellas oficinas, hechas a prueba de sonido, el aire entraba por los

acondicionadores cuya temperatura, lo mismo en verano que en invierno, era de dieciocho grados centígrados, aunque podía regularse a voluntad.

Con su bolsa deportiva en la mano, Fred montó en el extraño ascensor de plataforma delgada, pero tan larga que llegaba a cubrir toda la base del ventanal. Pulsó el botón que marcaba el número veintisiete.

El ascensor se puso en funcionamiento tras recibir una sacudida el motor. Fred se pegó al lado derecho del montacargas para no ser visto por las cristaleras de las oficinas que iba sobrepasando.

Sintió que el aire se hacía más fuerte conforme ascendía hacia el piso veintisiete a partir de la gran terraza, pues diez pisos más habían bajo ella.

Divisó el «Chrisler» y vio que el techo de éste se había abierto dejando pasar el aire al interior del automóvil. Sin embargo, Ross sabía que desde allí le estaban observando con unos prismáticos.

Fred Ross era un piloto y no sentía vértigo, pero otro en su lugar hubiera encontrado dificultades en mover la nuez de su garganta al verse allá arriba, suspendido en el aire sobre el montacargas de la limpieza.

Al fin, el ascensor se detuvo frente al ventanal del piso veintisiete.

Había una moderna persiana de plástico que tamizaba la luz del sol que bombardeaba sin trabas la oficina con sus poderosos rayos.

A través de la abertura de la persiana miró hacia el interior y vio a un hombre recio, de estatura mediana, que vestía una camisa negra y tenía la cabeza totalmente exenta de cabellos, como si tiempo atrás hubiera sufrido una enfermedad que le dejara sin pelo.

—No cabe duda, es Cliford —se dijo.

Apenas tuvo que esperar unos segundos a que el tal Cliford desapareciera de la enorme oficina, decorada con gusto moderno, pero no exento de suntuosidad.

—Ha llegado el momento de entrar en acción —se dijo—. Creo que Humprey Stacy debería pagarme mucho más por este trabajito, aunque, no quiero dinero. Mientras me cuente toda su vida y pueda publicar luego la biografía más emocionante del siglo me daré por satisfecho. Mis compañeros van a rabiarse, si es que llego a escribir el libro.

La bolsa deportiva estaba repleta y pesaba lo suyo, pero allí estaban todos los útiles que necesitaba para hacer un trabajo de verdadero profesional del hampa.

A Fred Ross no le agradaba tener que actuar de aquella forma, que parecía la propia de un delincuente, más se decía que así acababa con reyezuelos del hampa.

Pensó en Humprey Stacy y se dijo que él también caería.

Tenía que guardarle una sorpresa, una sorpresa, su sentencia de muerte.

Extrajo de la bolsa dos ventosas que se adaptaban a sus manos y de unas diez pulgadas de diámetro. Luego, se sacó el anillo que le prestara Stacy para el trabajo, anillo que llevaba enzarzado un brillante de considerables quilates.

Aplicó la piedra preciosa con fuerza, sin vacilación, sobre el cristal y alrededor de las ventosas formando un gran óvalo.

Una vez terminado, sujetó con la zurda una de las ventosas y con la diestra dio un fortísimo puñetazo sobre el recio cristal.

Sonó un ruido inconfundible y mientras su zurda aguantaba la ventosa, la diestra se apresuró a aferrar la otra ventosa.

Instantes después, quitaba el óvalo de cristal del resto de la ventana.

Depositó en el montacargas la porción de cristal y dejó preparada una bolsa con dos tirantes de nylon. En su mano quedó una escultura que representaba a un negro africano con su lanza, al parecer tallado en caoba. Finalmente, se introdujo en la oficina por el hueco abierto y tras empujar la persiana.

Situó la talla sobre uno de los largos anaqueles y por último se sentó tras la gran mesa despacho. Sacó un cigarrillo y esperó.

Transcurrieron breves minutos antes de que se abriera la puerta del despacho. Fred vio en ella, de espaldas y por la parte exterior, a dos hombres uniformados y con pistola enfundada en su cinturón.

Bajó el cuerpo tras la mesa para no ser descubierto y esperó a que la puerta se cerrara dando paso a Cliford.

—¿Eh, qué hace usted aquí, por dónde ha entrado? —exclamó éste verdaderamente sorprendido, sin apartarse demasiado de la puerta para, en caso necesario, poder llamar a los dos vigilantes que custodiaban su despacho.

—Son muchas preguntas de golpe, ¿no le parece, Cliford? Sin

embargo, le responderé primero a una de ellas. He entrado por ahí.
—Señaló el ventanal con el pulgar por encima de su hombro.

—¡Imposible!

—Compruébelo usted mismo. Ah, tenga cuidado. Si alguien quiere sabotearlo puede hacerlo fácilmente. Sólo he tenido que quitar un pedazo de cristal.

—¿Cómo? —preguntó Cliford todavía incrédulo pese a darse cuenta de que el aire se filtraba a través de la persiana y la temperatura había aumentado ligeramente dentro de la oficina.

—Con unas ventosas y un buen brillante. Fíjese, aún lo llevo en mi dedo. —Y le mostró el anillo.

Cliford respiró hondo y se dirigió a la puerta advirtiéndolo:

—Esto le costará caro. Mis hombres se van a encargar de usted.

—No creo que le interese avisar a sus hombres por el momento.

—¿Ah, no? ¿Es que acaso me está encañonando con algún arma que no veo? —preguntó Cliford con sarcasmo al ver las manos vacías de Fred sobre su gran mesa.

—No, no es eso, simplemente que yo creía que le gustaría charlar un rato conmigo. Soy Humprey Stacy.

El rostro de Cliford palideció primero y luego enrojeció hasta la mismísima nuca.

—Imposible, usted no es Stacy.

—¿Ah, no? —Fred se llevó el pitillo a la boca y luego exhaló el humo con parsimonia, demostrando con su actitud que sabía lo que quería—. Es tedioso tener que mostrar mi identidad a cada paso y todo me ocurre por no darme a conocer anteriormente. Ahora que voy a terminar mis negocios, pues pienso retirarme, no me importa que me vean.

—¿Qué está diciendo, que piensa retirarse de su imperio?

—Sí, eso he dicho. Creo que hablo suficientemente claro.

Cliford se acercó a la gran mesa tras la que se sentaba habitualmente y puso sus puños sobre el cristal que la cubría.

—¿Cómo puedo estar seguro de que es usted Stacy? No tenemos ninguna referencia que pueda identificarle.

—¿Le bastará si le doy una prueba de que lo tengo en mis manos?

Al hombre, cuya piel de la cabeza aparecía morena, sin vello, no le agradaron las palabras de su inesperado visitante.

—¿Tiene esas pruebas aquí?

—Sí.

Se palmeó la chaqueta y sacó una cinta magnetofónica que levantó en el aire al tiempo que preguntaba:

—¿Tiene con qué oírla?

—Sí, pero ¿cree que vale la pena oírla? —preguntó irónico.

—Desde luego —replicó el falso Stacy.

Fred Ross se complacía en atemorizar a aquellos tipos sin conciencia ni escrúpulos a los cuales no importaba la vida ajena con tal de sacar adelante su imperio.

Cliford tomó la cinta. Pasó junto a Stacy y abriendo un cajón de su gran mesa despacho, apareció un magnetófono encajado en él.

—Aquí podré escucharla.

—Vaya, supongo que graba todas las conversaciones que le interesan de sus visitantes.

—Sí, no es mala cosa. A veces hay quien se retracta de sus palabras y conviene refrescarle la memoria —respondió mientras colocaba la cinta en el aparato y lo ponía en marcha.

Ambos hicieron silencio para que la cinta pudiera escucharse sin dificultad alguna. Sus rostros eran significativos. Fred Ross aparecía seguro de sí, irónico y Cliford grave, preocupado, interesado en lo que aún desconocía.

—«Cliford, es imprescindible que me venda esos carros blindados al precio que teníamos estipulado —dijo una voz con acento eslavo».

La voz de Cliford, de lo cual no cabía ninguna duda, respondió:

«—Sí, le venderé los carros, pero el precio ha subido algo. Usted sabe a lo que nos exponemos mis proveedores y yo. Ustedes son comunistas, nuestros enemigos por antonomasia y nos jugamos mucho en esto».

«—Bah, Cliford, no se haga el santo ahora. ¿Nos interesan esos carros para regalarlos a unos secesionista?».

«—Para culpar luego a los americanos de ayuda subversiva, claro, pero eso no es cuenta nuestra».

«—Claro que no, Cliford Le pagamos generosamente y a sus amigos también. Hasta ahora lo hemos hecho y...».

Fred paró la cinta que conocía de antemano por haberla escuchado en el magnetófono que le proporcionara Stacy para que

le escribiera sus memorias.

—No creo que haga falta continuar, Cliford. Toda la cinta sigue la misma tónica. Ah, es inútil destruirla; como supondrá, sólo es una copia.

El poderoso de la cabeza pelada tenía en su faz un tinte más que pálido, cadavérico. Su mirada torva se centró en el que creía Stacy.

—¡No puede ser, no puede ser! ¿Cómo ha obtenido esa grabación?

—Yo tengo muchos medios para hacerlo todo. No olvide que era el intermediario, el que preparaba los contactos.

—Y cobraba su parte, pero esto de la grabación no lo entiendo. La oficina está a prueba de sonidos y la puerta custodiada como siempre. Aquí no entra nadie a menos que yo lo autorice. —Miró en derredor—. Ha puesto un micrófono oculto, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo?

—Fácil, uno de sus vigilantes. Todo el mundo tiene su precio.

—¿Qué, uno de mis vigilantes? ¡Increíble, están más que escogidos! —protestó a punto de estallar en cólera.

—Ya le he dicho que todo el mundo tiene su precio.

—¡Haré dismantelar la oficina y decorarla de, nuevo!

—Inútil, Si yo quiero, introduciré otro micrófono.

—¡Cambiaré los vigilantes!

—Sigue olvidando que todos tienen un precio y si no es en metálico es de miedo. Sin embargo, no he venido a tratar de eso ahora, Cliford.

—Me temo Stacy que no voy a congratularme de haberlo encontrado en mi despacho. ¿Qué quiere?

—Sólo una pequeña cantidad de dinero para dejarle en paz para siempre.

—¿Para siempre? —inquirió escéptico.

—Sí, eso he dicho. Le enviaría todos los archivos para los contactos y todo el material que pudiera resultar peligroso para usted y sus colaboradores del Pentágono, esos traidores vestidos de uniforme que se pasean entre sus compañeros sin vergüenza mientras amasan los dólares que muchas veces son ganados con la sangre de los soldados yanquis.

—No haga filosofía barata, Stacy. ¿Cuál es su precio? —

interrogó yendo directamente al grano.

—Bah, una pequeña cantidad que repondrá fácilmente en poco tiempo. Ah, le prometo también decirle dónde está el micrófono oculto y quién es el traidor de sus vigilantes.

—Bien, pero dígame de una condenada vez lo que quiere.

La impaciencia de Clifford era evidente.

—Treinta —repuso Fred tranquilamente moviéndose sobre la mullida butaca de Clifford.

—¿Treinta, qué? —preguntó. Su frente comenzó a perlarse de sudor.

—Millones y no de liras, sino de dólares y en efectivo, nada de bonos o acciones. Ya lo ha oído. Treinta millones de dólares en billetes.

—¿Treinta millones? ¿Está loco o cree que lo estoy yo?

—Ni lo uno ni lo otro, simplemente que es un precio razonable. Vendiendo algunos cazas a reacción y algún destructor viejo a punto de partirse, compensará este tropiezo que no lo es tanto porque en adelante lo dejaré en paz. Me retiro del negocio.

—Stacy, no le daré esa cantidad, no la tendrá.

Ross rió quedo. Con voz grave, metálica, siseó:

—Usted mismo. Si no paga, todo saldrá, porque esta cinta, otras más, fotografías y todo un archivo completo quedará a merced de la «M. P.», de la

«C. I. A.»

y del

«F. B. I.».

¿Cuánta gente cree que saltaría del Pentágono?

Clifford resopló, pensando que aquél era uno de los peores días de su vida.

—No tengo ese dinero Stacy, es demasiado.

—Sí, lo tiene en el «South Association Bank» del cual es usted presidente. Si me apura mucho, hasta podría decirle el dinero exacto que tiene en caja, pero, no creo que sea preciso. Sería humillante para usted, ¿verdad, Clifford?

Por un instante, Fred Ross temió que aquel hombre saltara sobre él y la entrevista terminara en pelea. Mas, Clifford controló su cólera aunque no su odio.

—Es una rata, Stacy.

—Sí, una rata que ríe y usted va a ser una rata que llore, amigo, a menos que de las órdenes oportunas al Banco. —Le tendió el auricular del teléfono, descolgándolo.

Cliford resopló, pero sabiéndose en las manos de su visitante marcó los guarismos en el disco. Poco después escuchaba una voz al otro lado del hilo.

—¿Diga, señor Cliford?

La voz había respondido directamente, pues el teléfono al que acababa de llamar, en la dirección del Banco, sólo lo conocía Cliford como amo y presidente de la entidad bancaria a través de la cual efectuaba sus especulaciones de armas.

—¿Eres tú, Sawyer?

—Sí, señor Cliford, yo mismo.

—Bien, escucha, prepara treinta millones de dólares en billetes.

—¿Treinta millones? —repitió mientras Stacy tomaba el supletorio del teléfono y escuchaba la conversación sin que Cliford se opusiera a ello. Mientras, el reporter escribía en una hoja las órdenes que había de dar a Cliford.

—Sí, treinta millones.

—Pero señor Cliford, tenemos muy poco más de esa cantidad dentro del Banco y si luego hemos de pagar habrán problemas.

—No quiero quejas, Sawyer. Haz lo que te he dicho. Es importante.

—Como usted mande, señor Cliford. ¿Cuándo pasarán a recoger el dinero?

Ross arrancó la hoja que había estado escribiendo y la tendió a Cliford. Éste la leyó al tiempo que dictaba las órdenes por teléfono.

—Pon el dinero en la furgoneta. Que dos hombres la lleven al kilómetro veintitrés de la carretera 51. Allí encontrarán a dos hombres uniformados que mostrarán unos carnets en los que destacará en letras rojas la palabra «Stacy». Ellos se llevarán la furgoneta. Ése será el trabajo.

—¿Ha dicho Stacy, señor Cliford?

—¡Sí, eso he dicho!

—Pero señor Cliford, ese hombre...

—No hable más, Sawyer, hay que llevar el dinero e inmediatamente. ¿Comprendido?

Antes de esperar la confirmación de sus palabras, colgó.

Fred Ross le miró con una sonrisa al tiempo que decía:

—Bien, bien, y ahora...

Tiró del cordón del teléfono, arrancándolo, ante el disgusto de Cliford.

—¿Por qué hace eso?

—Por dos cosas: porque no quiero disgustos y porque voy a decirle dónde está el micrófono oculto.

—Estoy impaciente por saberlo.

—Pues, aquí dentro —señaló el aparato telefónico—. Grabábamos todas las conversaciones, lo mismo telefónicas que las que mantenía en privado en este suntuoso despacho a prueba de sonidos.

—¡Maldita sea, debí sospecharlo! Por eso estaba al corriente de la cuenta bancaria del «South Association Bank».

—Exacto.

—¿Y el hombre que puso el micrófono dentro del teléfono?

—Un vigilante suyo llamado Mortimer.

—¿Mortimer?

—Sí. ¿Acaso ya no lo tiene?

—¡Ya lo creo que lo tengo y tanta confianza que yo le tenía!
¡Maldito sea!

Cliford pulsó el botón de su dictáfono, pero Fred advirtió:

—También he arrancado los hilos del dictáfono.

—¡Está bien, lo llamaré personalmente!

Se acercó a la puerta. La abrió e interpeló a los dos vigilantes que la custodiaban.

—¡Quiero a Mortimer aquí enseguida!

Al volverse, Cliford vio con disgusto que Stacy desaparecía por la ventana. Corrió tras él.

—¡No, no puede largarse ahora! —gritó a plena pulmón.

Los dos vigilantes le siguieron pistola en mano.

—¡Deténgase, Stacy!

Pero el joven había saltado sobre el montacargas y tras colocarse el paquete que dejara preparado de antemano se lanzó al vacío. Inmediatamente, se abrió un paracaídas.

—¡Maldito sea mil veces! —aulló Cliford.

Tomó la pistola de uno de sus hombres y disparó contra Ross. A él no lo veía bien, pero perforó la seda del paracaídas.

Por la parte superior abierta del «Chrysler» que esperaba en la calle, asomó el cañón de un rifle con mira telescópica.

Cuando el motor roncaba al ponerse en funcionamiento, sonó una seca detonación que fue ahogada por el ruido del coche.

Cliford se inclinó hacia delante y quedó como un muñeco de «guiñol», colgado en el hueco abierto en el cristal.

Fred Ross sabía cómo dirigir su caída colgado de un paracaídas y tirando de las cuerdas prosiguió su descenso de forma espectacular hacia la calle, acercándose más y más al automóvil que le aguardaba con el motor en marcha.

Cayó en el centro de la calzada parando la circulación.

Un policía de la Metropolitana de Los Angeles tocó el silbato y corrió hacia él, pero Fred, ante centenares de curiosos, se desprendió rápidamente del paracaídas y saltó al interior del «Chrysler» que se puso en marcha a toda velocidad seguido por las balas de la policía que disparó contra el coche fugitivo.

—¿Ha salido todo bien? —preguntó el negro Tiger que era quien había disparado sobre Cliford.

—Creo que sí, si no logran anular la llamada al Banco —opinó Ross mirando hacia atrás.

Vio la mole del gran edificio donde aún podía distinguirse claramente el montacargas situado frente al ventanal de la oficina de Cliford.

—Esto se arregla pronto —dijo Tiger sonriendo. Dio vuelta al dial de la radio del coche y sonó un formidable estallido.

Fred, sorprendido, miró a través de la ventanilla y vio salir llamaradas de la oficina que poco antes visitara. Todo el cristal había saltado hecho añicos y seguramente en el interior del despacho, ahora envuelto en llamas, no había quedado nada.

—Pero ¿cómo lo has hecho? —inquirió.

—Con la talla negra que ha dejado dentro de la oficina.

—Entonces, era una bomba y no un micrófono oculto con transistores tal como me había dicho Stacy.

—A veces, al patrón le gusta gastar ciertas bromas —dijo Tiger sonriendo mientras pisaba el acelerador alejándose de la escena dramática ocurrida en la oficina del presidente del «South Association Bank».

CAPÍTULO VIII

Humprey Stacy estaba recluido en su cómodo compartimiento dentro del tetrarreactor.

—Magnífico trabajo, Ross. Me costó mucho escoger al hombre que precisaba.

—Me alegro de que mi trabajo le satisfaga, Stacy, sólo que a mí no me complacen algunas cosas.

—¿Como cuáles?

Ante la pregunta del «gángster», Ross replicó:

—Pues que no me ha gustado que me utilizara para volar la oficina de Cliford sin yo saberlo.

—Bueno, ese tipo era un peligro.

—Stacy, si sigue por ese camino, no voy a secundar su juego.

—¿Lo dejaría todo a estas alturas? —preguntó el enano irónico.

—Sí. Perdería la mejor biografía de mi vida, los mejores resultados, porque yo soy un cronista, un escritor y no un «gángster». Dispararé sólo si tratan de hacer lo mismo contra mí, es el derecho que me da la legítima ley de defensa propia, pero nada más.

Ante el gesto resuelto de Fred Ross, Stacy prefirió ceder.

—Está bien, está bien. Lo tendré en cuenta la próxima vez.

—Vale más que así sea. Estoy pasando por un cínico delante de los poderosos reyezuelos del mundo del crimen y, la verdad, me divierte verlos sudar.

—Ante mi poder —aclaró Stacy que se había puesto en pie. Tenía que levantar la cabeza para poder mirar el rostro de Fred debido a su baja estatura.

—Desde luego, Stacy. Sudan por su poder, porque a mí me repugnaría hacer chantaje y extorsión.

—Bueno, bueno, dejémonos de tonterías. Espero que me escriba una buena biografía. Por cierto, aquí tiene otra cinta de mis memorias.

Fred la tomó en sus manos y opinó:

—Sus memorias son dinamita pura. No escamotea nombres ni datos.

—Es lo que pretendo y espero que usted no se olvide de ninguno de ellos. Hablando de otra cosa, espero que llegue pronto la furgoneta con el dinero de Cliford.

—Si no tuvieron tiempo de revocar la orden, no tardará en presentarse.

—Entonces, prepare el aparato. Asegúrese de que hay suficiente combustible y pida los datos al aeropuerto para que le den la salida en el momento justo, no sea cosa que un embotellamiento de tráfico aéreo nos retrase en el instante menos pensado. Podría ser que la fiesta no hubiera terminado todavía en Los Angeles y cuanto antes pongamos aire y espacio por medio, mejor.

Una vez más, el rostro del extraño Humprey Stacy, cubierto en gran parte por las grandes gafas, se tornó lívido. Sus mandíbulas se desencajaron y su cuerpecillo se tambaleó.

Tiger lo sujetó para que no cayera mientras la mano del «gángster» buscaba ansiosa el pequeño tubo de pastillas que guardaba en su bolsillo.

Fred tomó el tubo de las manos de Stacy, en aquellos momentos torpes, y sacando un comprimido se lo puso en la boca. Nadie advirtió que, entre los dedos del periodista, había quedado escondida una de aquellas pastillas.

El dolor enajenaba a Stacy, aquel hombrecillo que había sabido aferrar todos los hilos del mundo del hampa y ahora, en medio de un extraño dolor, se retorció como una bestezuela agonizante.

La pastilla no hizo el efecto deseado y la mano trémula de Stacy, tras esperar unos instantes, se extendió de nuevo.

Fred titubeó. Tiger le miró al tiempo que preguntaba:

—¿Qué espera para dársela?

—¿Crees que será sensato darle otra pastilla? Desconozco de qué son.

—Yo también, pero si el patrón la pide, hay que dársela.

—Bien. Si le sucede algo, no quiero saber nada.

Fred tendió otro comprimido a Stacy. Después, dejó el tubo, sobre la mesa. Humprey no tardó en recuperarse, aunque más dificultosamente que en otras ocasiones.

—Déjenme solo —pidió—. Que me avisen cuando llegue el dinero.

El fiel japonés se encargó de cerrar la puerta del compartimiento de su patrón tras salir Tiger y Ross.

Fred bajó a la bodega de carga del poderoso «jet» donde se hallaban los tres automóviles. La rampa estaba abierta, esperando la llegada de la furgoneta cargada de millones de dólares.

—Fred —llamó la voz femenina.

Se volvió. De detrás del «Rolls-Royce» vio salir a la hermosa jovencita que le llevaba de cabeza con sus complicaciones al tiempo que le agradaba física y moralmente. Sin embargo, no quería confesarlo en voz alta, pues por lo visto es lo que ella estaba esperando.

—Marjorie, ¿qué haces ahí?

—Es que me daba miedo quedarme con ellos a solas y me he escondido. No me han visto y me da la impresión de que el japonés andaba buscándome.

—Es natural si no te ha encontrado. —La cogió de la mano y enfiló sus pasos hacia la rampa que le conduciría al cemento del aeropuerto—. Sígueme.

Con sus pasos gráciles, la chica vestida con pantalones y jersey, con un amuleto colgado del cuello, le siguió hasta las primeras dependencias del gran aeropuerto transoceánico de Los Angeles.

—Marjorie, éste es tu gran momento. Toma. —Le puso un fajo de billetes en la mano.

—¿Para qué me das tantos dólares? Hay mucho dinero aquí.

—Vas a esconderte en Los Angeles durante unas horas. Luego, compra un billete de ferrocarril y regresa a Filadelfia. Es lo más seguro, aunque creo que lo mejor sería que fueras a la policía y ella te regresaría al internado.

El rostro femenino expresó disgusto y decepción. Sus labios temblaron mientras la fuerte brisa que soplaba en el aeropuerto alzaba ligeramente los lacios cabellos a los que el sol arrancaba brillos metálicos.

—Fred, no estarás pensando en abandonarme aquí, ¿verdad?

—Es necesario, tú no puedes continuar con nosotros. Es posible que en cualquier momento reventemos todos juntos. Yo, por escribir una biografía, soy capaz de arrancarme el pellejo, pero tú no tienes que perder ni ganar nada en todo esto, de modo que preséntale a la policía y tus tíos y el internado entero respirarían tranquilos ante tu regreso.

—Fred, no puedo —expuso ella.

—¿No puedes, por qué?

—Perdóname, Fred, perdóname...

El hombre frunció el ceño. Se temía algo y no sabía el qué.

Aquella cara de ángel, sobre todo cuando le temblaban los labios, conseguía enturbiarle las ideas, cosa que no le había sucedido jamás anteriormente, pese a tratar con toda clase de mujeres y en cantidad. Nunca hubiera imaginado que una chiquilla con cabeza loca podría coger su corazón con el puño y clavarle las uñas dolorosamente sin que él se atreviera a quejarse.

—Fred, no te dije la verdad.

—¿Cuándo no me dijiste la verdad? —La sujetó por ambos brazos—. Marjorie, mírame a la cara, vamos, mírame.

Ella obedeció asustada ante la energía varonil que la dominaba y subyugaba.

—No estaba en un internado, bueno, es decir, sí...

—¿En qué quedamos, sí o no? —inquirió severo, de mal humor.

—Verás, Fred, yo, yo te explicaré...

—Sí, hazlo y pronto, a menos que quieras que te de una azotaina en público y luego te entregue a la policía.

—¡No, a la policía no!

—¿A la policía no? Me estoy temiendo que tú tienes algo que esconder.

—Fred, ¿me perdonarás si te lo cuento todo? —le dijo acercándosele y mirándole con los grandes ojos ya con un brillo húmedo.

—Es probable, pero no te me pongas a llorar. No llevo pañuelo limpio encima.

Pese a no estar en un lugar solitario, ella apoyó su cabeza en el tórax del hombre.

—Fred, me escapé de un correccional.

—¿De un correccional? —repitió estupefacto, como si en vez de

un avión hubiera visto poner en la pista de despegue una locomotora del antiguo Far-West.

—Fred, ahora, haz lo que quieras de mí, pero sabes que si me entregas, que si me abandonas, volveré al correccional.

De nuevo temió Ross que aparecieran los gruesos lagrimones en los ojos de la chica a la que aún sujetaba por los brazos.

—Pero ¿por qué diablos me mentiste?

—No sé, tenía, miedo de que me volvieran al correccional. Te mentí a medias. Nos escapamos varias compañeras y también gracias a unos chicos, pero luego caímos en las manos de Kendall. Comprende, Fred, nos habían sacado del reformatorio para comerciar con nosotras. Yo tenía mucho miedo... Tú me salvaste allá en Nueva York.

Fred pensó que una muchacha de apenas dieciocho años, en situación semejante, tenía derecho a sentir miedo. Dulcificó levemente su gesto.

—¿De qué reformatorio os escapasteis?

—De Detroit.

—Pero eso no está precisamente en Filadelfia —gruñó.

—Bueno, yo temía que hubieras leído algún periódico y si decía Detroit me relacionaras con las fugitivas de dicha ciudad.

—Está bien, Detroit, pero ¿por qué te metieron en el reformatorio? Creo que tengo derecho a saberlo. Me juego el pellejo por ti y todavía no sé si soy yo que te llevo de un lado a otro o eres tú que te pegas a mí como una ventosa.

Con palabras dificultosas, pareciendo que iba a estallar en sollozos de un momento a otro, Marjorie explicó:

—Fue en una calleja de Detroit. Hubo una reyerta entre dos bandas de gamberros y uno resultó muerto y varios heridos. La policía apareció de pronto, atrapándome a mí también. Yo declaré mi inocencia, pero Willy, uno de los muchachos que siempre me acosaba con sus impertinencias y al que yo desdeñaba, despechado dijo al policía que yo también era del grupo. Me condenaron. Mis tíos ya no quisieron saber de mí. ¡Oh, Fred!, he sido muy desgraciada y sólo deseaba salir de aquel infernal reformatorio donde las celadoras llevaban unas varas flexibles de cedro con las que nos golpeaban, y para que veas que no te miento, te mostraré

mis costillas.

Sin pensarlo un instante, cogió con ambas manos su jersey e hizo ademán de sacárselo allí en público. Fred abrió sus ojos más de la cuenta y la sujetó conteniéndola.

—No, no hace falta que me muestres tus bonitas y digamos magulladas costillas. Te creo.

—¡Gracias, Fred! ¿Me salvarás?

—Pero ¿de qué diablos he de salvarte?

—¡Llévame contigo a otro lugar, a otro país!

—Bueno, déjame pensar un poco sobre lo que debo hacer contigo. Esto cada vez se complica más. Ahora, regresa al aparato; allí estarás segura.

Marjorie se alejó rápidamente.

Regresó al aparato situado en un pedazo de pista muerta, apta para colocar los aviones en espera. Junto al tetrarreactor y también bajo el fuerte sol californiano, habían dos reactores más.

Subió por la rampa para automóviles y ya dentro del «Condor-Jet,» sufrió un sobresalto al ver aparecer ante sí, inesperadamente, al asiático.

—Sí, soy yo. ¿Y tú salvador? —preguntó con sarcasmo.

—Ha ido a averiguar los datos del aeropuerto. Lo he dejado allí.

—De modo que has regresado sola... —siseó acercándosele.

Marjorie tuvo miedo. Los ojos oblicuos del japonés no le inspiraron confianza precisamente.

—Sí, pero me ha dicho que pronto regresará.

—En ese caso, querida muñeca no hay que perder tiempo.

La mano del oriental se alzó en el aire. Marjorie sintió deseos de gritar, de escapar, mas no tuvo tiempo de nada.

El canto de la mano, en un perfecto golpe de karate, le golpeó la base del cuello. Perdió el sentido desplomándose como un abrigo colgado de una percha a la cual se le ha soltado el gancho de sujeción.

Al verla inerte a sus pies, Wayato sonrió. No perdió tiempo. Sacó unas cuerdas de nylon, ligeras, pero resistentes, y sujetó los pies, manos y espalda de la mujer.

Por último, la amordazó para que al despertar no pudiera gritar. Terminado este trabajo, se dirigió al «Rolls-Royce».

Levantó la tapa del portaequipajes y sonrió.

—Aquí cabrás perfectamente.

Sin dificultades, pues el japonés tenía buena musculatura, tomó a Marjorie y la introdujo en el portaequipajes cerrándolo después con una llave que guardó en su bolsillo. Por último, ascendió a lo alto del aparato.

Mientras, Fred Ross se aproximó disimuladamente al buzón de correos y comprobando que nadie le observaba, introdujo una carta que había escrito previamente y que ahora acababa de sellar. Después se apartó del buzón como si éste apestara y se dirigió al restaurante.

Cuando se disponía a sentarse en una de las mesas divisó un furgón blindado. No tuvo lugar a dudas de que era el que esperaban, pues vio el rostro de uno de los hombres de Stacy al que identificó inmediatamente pese a ir de uniforme.

Se dijo que no había tiempo que perder. Regresó al aparato y todavía a distancia, pudo ver cómo el furgón ascendía por la rampa desapareciendo en las entrañas del «Condor».

Se introdujo en el «jet» y encontró a Stacy y a los demás reunidos en torno al furgón. Uno de los hombres uniformados le entregó la llave al tiempo que decía:

—No han habido dificultades. Los hemos encontrado en el lugar indicado.

—Magnífico, pero, veamos primero —dijo Stacy.

Se hallaba contento, pero no muy bien de salud. Sus manos seguían temblando y sus labios se apretaban para contener algún escondido dolor.

La puerta del furgón fue abierta y en el interior del mismo aparecieron sacos debidamente sellados. Ante los ojos de sus hombres, Stacy se preocupó de abrir uno de ellos con un afilado estilete.

Del interior brotaron los billetes en cantidad.

—Todo ha salido perfecto... —Se volvió y al ver a Fred le interpeló—: Vamos, hay que salir rápidamente de Los Angeles.

Tiger movió el resorte que puso en funcionamiento la rampa y ésta se cerró impidiendo la salida o entrada del tetrarreactor. Mientras, los demás hombres sujetaron el furgón a las guías del suelo para que durante el vuelo no diera bandazos que podrían ocasionar un desastre.

Clarence dio por radio las órdenes oportunas a la torre de control del aeropuerto y les hicieron un hueco en la pista seis. Un tractor se acercó rápidamente a ellos para efectuar el arrastre y puesta en marcha, preparando el despegue.

Una vez más y tras recibir la señal oportuna, Fred Ross demostró su pericia en el mando del avión.

El reactor, con un fuerte zumbido de sus cuatro motores, se sumergió en el firmamento sobre el Océano Pacífico, tal como le indicara Stacy.

Los billetes fueron sacados del furgón e introducidos en la caja fuerte del aparato. Según, el enano, allí estaban seguros.

Fred puso el piloto automático y dejó a Clarence en la radio, dirigiéndose a la bodega.

El furgón había sido vaciado y las puertas del mismo se hallaban abiertas.

Casi tambaleante, Stacy ordenó:

—Luego abris la compuerta y lo arrojáis de aquí, no quiero verlo más. Es una prueba que hay que destruir.

Wayato asintió con la cabeza al tiempo que Fred se le acercaba para preguntar, extrañado:

—¿Has visto a la chica? Su compartimiento está abierto y ella no está dentro.

El oriental sonrió de forma enigmática. Sin alzar una sílaba más que otra, como si fuera una máquina parlante sin alma ni genio, respondió:

—La chica se quedó en Los Angeles. Yo la vi correr alejándose. Por lo visto, se cansó de nuestra compañía.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —inquirió Fred molesto al darse cuenta de que la había perdido de vista posiblemente para siempre.

Sin saber por qué, le dolía. Sí, le dolía. El mismo había estado a punto de dejarla en Los Angeles, pero el saber que ella misma se había alejado le lastimó.

—Si no se lo he dicho es porque creía que no tenía importancia.

Fred endureció su rostro, pero no dijo nada, aceptando lo que creyó una jugada del destino.

Dio media vuelta y regresó a la cabina. Sin embargo, movido por un súbito presentimiento, esperó durante unos minutos en lo alto de

la escalera sin ser visto.

Al fin pudo ver cómo el asiático abría el portaequipajes del «Rolls» y sacaba el cuerpo maniatado y amordazado de Marjorie.

La muchacha tenía los ojos abiertos y una expresión asustada.

Fred no lo pensó dos veces. Sigilosamente descendió las escaleras hacia la bodega mientras el asiático llevaba el cuerpo femenino al interior del furgón.

Se disponía ya a cerrar las portezuelas, dejándola dentro, cuando Ross apareció a su espalda.

—Con que se había quedado en Los Angeles, ¿eh?

Wayato se giró en redondo y, de descuidarse Fred, hubiera sido alcanzando por uno de los terroríficos golpes de karate del oriental. Sin embargo, el canto de su mano sólo cortó el aire.

Por su parte, Fred no desperdició el tiempo y empleó sus puños como lo hubiera hecho en un *ring* frente a un gran campeón al que debiera vencer por K. O.

Wayato encajó los golpes en la sien, en el cuello y en el mentón. Su cabeza rebotó contra las puertas metálicas del furgón y cayó desplomado.

Fred abrió las puertas y sacó a Marjorie que le miró aliviada y agradecida.

—Siempre andas metiéndote en líos...

La desató y ella se le abrazó efusivamente.

—¡Fred, Fred, tengo mucho miedo! ¡Me golpeó con su mano, perdí el conocimiento y luego me encerró en el portaequipajes del coche! ¡Oh, Fred, si no fuera por ti!

—Si no fuera por mí, si no fuera por mí... ¿Por qué te habré traído yo al avión? —se preguntó más por molestarla a ella que por sí mismo—. Ah, espera, pondré a éste dentro del furgón.

—¿Y cuándo despierte?

Se inclinó sobre el japonés y dijo:

—No despertará. Ha tenido mala suerte al golpearse con las puertas.

—Y cuando descubran su cuerpo, ¿qué pasará?

—Nada, porque no lo descubrirán.

Introdujo al oriental en el furgón y cerró la puerta guardándose la llave.

—Tú te esconderás en mi compartimiento y si alguien va a

husmear allí métete aunque sea debajo de la litera. Es seguro que la orden de hacerte desaparecer lanzándote al vacío la ha dado Stacy, que cree que eres un estorbo peligroso.

Marjorie se ocultó y, ya en la cabina, Fred redujo la velocidad del aparato al mínimo deteniendo los motores. Luego, dio una orden por el altavoz:

—Éste es el momento de abrir la rampa y arrojar fuera el furgón, pero hay que hacerlo rápido y volver a cerrar o el aparato corre peligro de entrar en barrena. La trampa es demasiado grande.

Tiger y Barry se apresuraron a entrar en acción. El reactor prácticamente planeaba. Pulsaron el resorte y la rampa fue bajando lentamente.

Soltaron las ligaduras del furgón y lo empujaron al vacío. Bajo ellos, el intenso azul oscuro del Océano Pacífico.

Wayato había encontrado el ataúd perfecto en un furgón blindado. Los tiburones no tendrían festín con su cuerpo.

La rampa tornó a cerrarse y el reactor a coger su velocidad normal de crucero cuando se le acercó uno de los hombres diciendo:

—Stacy le llama a su departamento.

Fred puso el piloto automático y fue a ver a Humprey. Lo encontró tendido en su litera.

—¿Has visto a Wayato?

—No —replicó seguro de sus palabras.

—Qué raro... En fin, no era esto lo que quería decirle.

—¿Ah, no? —preguntó viendo que Stacy no se había recuperado del último dolor sufrido pese a la ración doble de pastillas.

—He decidido cambiar el rumbo.

—¿No vamos a

Hong-Kong?

—No, no hay el tiempo que yo creía. El rumbo será distinto. Va a dirigir el avión hacia El Cabo.

—¿El Cabo? Eso está muy lejos de aquí, en la última punta de África.

—Eso he dicho. Ya le daré más instrucciones cuando estemos llegando.

—Habrá que repostar combustible. No llegaremos con el que hay en los depósitos.

—Podremos llegar si repostamos en Río de Janeiro. Allí sólo nos pararemos el tiempo justo de repostar, ¿comprendido?

—Sí, Stacy, usted es el patrón en esto.

—Entonces, tuerza el rumbo inmediatamente.

Fred Ross asintió con la cabeza, alejándose del compartimiento.

CAPÍTULO IX

—Cuando esté delante de Alfred Sommer entréguele esta carta lacrada que no debe ser abierta bajo ningún pretexto antes de llegar a sus manos.

Fred Ross tomó el sobre que Stacy le alargaba. Lo sospesó un instante y luego lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Comprendido. Soy periodista, pero esta vez reprimiré mi curiosidad.

—Le conviene hacerlo, Ross. Yo sabría si ha abierto el sobre o no y al que me desobedece, bueno, ya me entiende... No hace falta que me alargue en explicaciones.

—Bien. Ahora iré a ver a Alfred Sommer. Marjorie me acompañará.

—¿Qué? —inquirió el enano receloso.

—Que Marjorie vendrá conmigo. Seremos una pareja de turistas americanos en los que nadie va a reparar.

—Ella tiene que quedarse en el aparato —gruñó Stacy.

—Vamos, vamos, no sea desconfiado. Si va conmigo, nada va a pasar.

—Está bien, Ross, pero usted me responde por ella. Si no vuelve la chica, si abre la boca, no regrese usted, aunque, tampoco podría escapar. En Ciudad El Cabo tengo mucho poder también y sólo le quedaría el recurso de escapar a la selva y no le garantizo que no le acosaran en ella.

—Siempre amenazando, Stacy, siempre amenazando... Algún día se dará cuenta de que hay quien, como yo, no es tan sensible a las amenazas. En fin, cuando sepa algo del tal Sommer, la chica y yo volveremos. Quizá demos una vuelta por la ciudad.

—Cuidado, Ross, no se pase de listo. Podría costarle muy caro.

—Lo tendré en cuenta, pero ya le he dicho que las amenazas no me hacen temblar.

Dejó al enano gruñendo en su habitación. Humprey Stacy no se hallaba en buen estado físico; había desmejorado ostensiblemente.

—¡Fred! —llamó la muchacha apareciendo de pronto en el estrecho pasillo de los compartimientos.

—Vamos, Marjorie. Saldremos a dar una vuelta por Ciudad El Cabo.

—¿Estás molesto conmigo, Fred? Haces mala cara.

—No, ¿por qué habría de estarlo? —replicó él sin dejar de caminar hacia la escalerilla que conducía a la bodega.

—Porque me han descubierto durante el vuelo —repuso ella procurando no despegarse de él. Para ello se veía obligada a caminar rápido.

—Era lógico que te descubrieran. El avión es un lugar demasiado pequeño para permanecer indefinidamente escondido dentro de él. El zorro de Stacy barrunta lo sucedido a Wayato.

—¿Te ha dicho algo?

—No. Al parecer no le interesa hablar de ello. Creo que para él es más importante de lo que parecía el que le escriba su biografía, claro que también me utiliza como enlace en sus asuntos.

—¿Cuándo terminarás este lío, Fred?

El la miró a los ojos deteniéndose un instante.

—Creo que pronto. Tengo la impresión de que su vida se extingue por momentos.

—Pero ¿y ese deseo calenturiento de reunir tantos millones de dólares?

—Quizá sólo sea un maníaco que desea ser enterrado en una montaña de billetes de Banco.

—Pero ¿qué tiene, de qué padece?

—Lo ignoro, pero creo que pronto lo averiguaremos.

Fred sacó de su bolsillo el comprimido que quitara a Stacy y lo puso en la mano femenina.

—¿Qué es esto?

—Una muestra del remedio que toma Stacy para aliviarse. Mientras yo hago una entrevista, tú entrarás en un centro de específicos y pedirás que te la analicen inmediatamente, no importa lo que cueste. —Le entregó Un montón de billetes—. Me interesa

mucho conocer qué contiene esa pastilla y que Stacy no sepa que lo he averiguado.

—Bien, Fred, trataré de que lo analicen de prisa.

—Luego, me dirás el resultado y desaparecerás. En El Cabo no habrás de temer a ningún reformatorio como en los Estados Unidos.

—¿Quedarme sola aquí en África?

—Sólo serán unos días. Yo regresaré por ti en cuanto esté resuelto este asunto.

—Fred, tú sabes tan bien como yo que a lo peor no regresas jamás.

Ross comprendió qué en las palabras de la chica había un noventa por ciento de verdad.

Junto a Humprey Stacy tenía la posibilidad de escribir el mejor libro de su vida unido a un reportaje sensacional, pero a cada segundo corría peligro de muerte.

—Fred, no me dejes aquí, esto no me gusta. Yo sé que tú puedes dejarme en Inglaterra o Suiza, allí no tendré miedo y tú también te sentirás mejor.

—Pero, lo más seguro es que no pasemos por esos países —protestó Ross.

—Tú conseguirás llevarme a ellos, confío en ti. Bueno, quería decirte que mi madre era inglesa y tengo familia en Inglaterra con la que puedo estar mientras tú terminas con Stacy.

—Podría dejarte aquí y hacerte reclamar por tus tíos ingleses.

—¡No, Fred, prefiero que me lleves tú!

—Está bien, está bien, ya veré qué puedo hacer, pero no nos entretengamos más. Podrían sospechar.

Ross quitó las sujeciones del «Chrysler» y ambos montaron en el lujoso automóvil poniéndolo en marcha rápidamente.

El coche descendió por la rampa.

En Ciudad El Cabo lucía un sol espléndido que les obligó a parpadear al golpear sus ojos acostumbrados a la luz eléctrica del interior del aparato.

El «Chrysler» salió del aeropuerto tras pasar el control aduanero sin dificultad pese a que Marjorie no llevaba su pasaporte. Sin embargo, una buena propina y la promesa de regresar pronto al avión, ya que se había notificado al aeropuerto que sólo estaban de paso, hizo que el guardia sonriera.

—Fred, ¿cuánto tiempo estaremos en El Cabo?

—No lo sé —respondió él. Luego, aplicó su índice a los labios demandando silencio.

Marjorie le miró extrañada pero no dijo nada. Desvió su mirada hacia las ventanillas y vio a varios negros indígenas caminando por el lado de la carretera. Ante ellos, un elefante avanzaba de forma cansina.

Ross esperó a que pasaran unos minutos y después detuvo el coche. La muchacha le interrogó con la mirada, pues no veía nada que les obstaculizara el paso.

Fred demandó silencio de nuevo con un gesto. Buscó en la guantera y encontró un bolígrafo y un bloc. Tomó ambas cosas y escribió en una hoja que entregó a la chica. Ésta leyó ávidamente.

«Habla sólo de cosas intrascendentes. El coche lleva micrófonos que son controlados desde el avión por Stacy. El escuchará cuanto hablemos».

Marjorie asintió con la cabeza. Hizo una bolita con la nota y la arrojó por la ventanilla. Luego, dijo:

—Vaya elefante más gordo que nos ha cortado el paso.

El hombre sonrió ante la salida y puso el auto en marcha de nuevo, devorando los pocos kilómetros que les separaban de la capital del imperio del diamante y de las minas de oro.

Llegaban ya frente al edificio del «Center África Bank» cuando Fred Ross señaló con su índice un centro de específicos.

Marjorie siguió con la mirada la indicación del hombre e inmediatamente descubrió la farmacia. Bajó la cabeza en señal afirmativa.

Ross detuvo el «Chrysler» y ambos se apearon. Ya libres de saberse escuchados por Stacy a través del micrófono, Ross dijo:

—Entra ahí. Yo pasaré a recogerte cuando termine con el Banco.

—Bien, te esperaré.

Se separaron no sin antes dar la rubia un beso fugaz en los labios del hombre que éste tampoco pudo o quiso evitar.

Mientras prendía fuego a un pitillo vio desaparecer a la joven en el centro de específicos, en el que un rótulo acreditaba: «Se hacen

análisis de todo tipo».

Fumando el cigarrillo entró en la entidad bancaria. Rumor de tecloteo de máquinas, murmullos, voceo de guarismos y dos policías uniformados custodiando la puerta.

Se dirigió al conserje de información y dijo sin ambages:

—Tengo que hablar con Alfred Sommer.

El conserje le miró suspicaz y repitió dubitativo, como habiendo oído mal:

—¿El señor Sommer, el director general?

—No estoy comiendo tortilla para que se me confundan las palabras, amigo.

—Oh, no, claro, pero como los americanos tienen ese acento —trató de excusarse—. ¿Tiene cita con el señor Sommer?

—No.

—En ese caso... —Trató de evadirse.

—No, pero me la van a dar inmediatamente.

—Me temo que si no tiene cita no podrá recibirle.

—Vamos. —Puso un billete de cien dólares sobre el mostrador —. Dígame que el señor Stacy está aquí.

El billete desapareció rápidamente en el bolsillo del uniforme. Con la mejor sonrisa se apresuró a decir:

—En seguida, señor Stacy, enseguida.

Por teléfono interior llamó al secretario del director general. Éste, al oír el nombre de Stacy, le franqueó rápidamente el paso dejando perplejo al conserje, que tomó a Ross por un fabuloso multimillonario norteamericano.

—Sígame, por favor, sígame.

Le condujeron a un despacho suntuoso estilo victoriano.

Un hombre muy ceremonioso salió a recibirle.

—Señor Stacy, el señor Sommer le espera.

El conserje se retiró y el secretario pasó a Ross a otro despacho mucho más barroco, donde la luz quedaba tamizada por ricos y espesos cortinajes que daban una sensación de frescor al interior de la estancia cuando normalmente reinaba calor en el ambiente.

Sommer resultó un individuo alto y delgadísimo, de manos largas y huesudas. Su cabello y sus cejas estaban blancos.

—Retírate, Drake.

—Sí, señor Sommer —asintió el secretario dejándoles solos.

Con un ademán de su casi sarmentosa mano, Sommer invitó a Ross a sentarse frente a la barroca mesa escritorio.

—Usted dirá.

—Le traigo una carta, señor Sommer.

—¿Una carta? Supongo que me la entregará ahora.

—Supone bien. Aquí la tiene e incluso lacrada.

En silencio, Sommer rasgó el sobre y leyó.

Mientras leía, las cejas de Sommer se enarcaron por la sorpresa.

Al finalizar la lectura, sin decir palabra, se levantó dirigiéndose a los anaqueles repletos de libros, sin una mota de polvo sobre ellos.

Estiró del lomo de uno de ellos y, parte de la estantería giró sobre su eje, dejando al descubierto un pequeño emisor telegráfico.

Sommer lo puso en funcionamiento y pulsó el aparato de Morse.

Ross escuchó con atención, pero inmediatamente desistió de tratar de interpretarla, pues el banquero sudafricano telegrafiaba en clave y al parecer muy complicada.

Permaneció ceñudo telegrafianto. Al fin, recibió respuesta. Tornó a poner el anaquel en su lugar y guardándose la carta dijo a Ross:

—Comunique al señor Stacy que tenga el avión preparado para las siete de la tarde y al piloto...

—El piloto soy yo...

—Mejor. Pida salida del aeropuerto para esa hora. Yo estaré con ustedes y traeré la nueva ruta a seguir. Explíquelo así al señor Stacy y transmítale mis saludos.

—Bien, así lo haré —asintió Ross sin preguntar nada.

Abandonó el Banco siendo objeto de múltiples reverencias por los distintos empleados. No era fácil ser recibido por el propio Alfred Sommer en persona.

Ya en la calle anduvo hacia el centro de específicos. Miró a través de los cristales y vio a Marjorie esperando sentada en una silla.

Se apartó de los cristales y buscó una cafetería en la que entró. Tomó un *whisky* y pidió por un teléfono, siendo atendido inmediatamente.

Marjorie ya estaba impaciente. Hacía rato que aguardaba.

Le habían dicho que un análisis completo era difícil de obtener. No obstante, procurarían darle el resultado que pedía siempre que

los elementos que compusieran la pastilla no fuera excesivamente complicados.

Al fin vio que el farmacéutico encargado de los análisis se acercaba al mostrador con rostro ceñudo.

En aquel instante apareció Fred Ross en el establecimiento.

—¡Fred!

—Hola, Marjorie. ¿Han terminado ya?

—Si se refiere al análisis, ya está hecho, señor —dijo el farmacéutico mirando suspicaz al norteamericano—. ¿Es suyo esto?

—De un amigo —contestó Fred evasivo.

—¿Dónde lo ha obtenido?

—En los Estados Unidos. El está allá y se lo toma muchas veces. Nosotros creemos que debemos preocuparnos un poco por él y saber en realidad lo que está haciendo.

—Pues ciertamente deben preocuparse por él. Estos comprimidos sólo pueden expendirse con rigurosa receta médica.

—Pero ¿de qué se trata? —inquirió Marjorie.

—Señorita, esto es morfina con un excipiente lactoglucósido. Este tipo de medicamento suelen aplicarlo en los hospitales a los enfermos en inyectables, pero también se vende en grageas para personas que no pueden ser tratadas por hemoterapia.

Fred se acodó en el mostrador y repitió pensativo:

—¿Morfina? Aparte de los drogadictos, ¿quiénes suelen tomarla?

—Verá, los drogadictos no toman este tipo de pastilla, no es así como sirven las drogas los delincuentes. Esto lo toman los enfermos que pasan por terribles crisis de dolor físico.

—¿Cómo qué crisis, doctor? —preguntó Ross.

—Pues, cualquier crisis dolorosa, desde la rotura de una pierna hasta...

—Me refiero al que se toma esto con frecuencia, cuando sufre dolores con regularidad y cada vez más intensos.

—No soy médico, sólo farmacéutico, pero me atrevería a asegurar que su amigo padece un cáncer maligno de desarrollo rápido y progresivo. Si ingiere estas pastillas y no lo trata ningún médico es que él sabe que está condenado a una muerte próxima.

—¿Cáncer? Debí suponerlo —repitió Fred—. Gracias. En adelante cuidaremos mejor a nuestro amigo. Regresamos pronto a Estados Unidos.

Pagó al farmacéutico y abandonaron el establecimiento.

Ya en la calle, Marjorie se encaró con Ross para preguntarle:

—¿Tú crees que él lo sabe?

—Sí, no me cabe ninguna duda. Él sabe que va a morir de cáncer, que le queda poco tiempo, por ello ha desistido de que demos la vuelta al mundo. Lo que no entiendo es por qué ese empeño de recoger dinero en sus últimos momentos de vida. Lo que sí comprendo es que no le importa destruir a sus contactos del hampa, esos reyezuelos de los cuales se ha valido para amasar dinero con anterioridad. En fin, será mejor que regresemos al aeropuerto. Stacy estará esperando.

El «Chrysler» regresó al gran tetrarreactor, un gigante del aire expresamente construido para Stacy.

El vigilante de la aduana les saludó al verlos volver y no ponerle de este modo en ningún compromiso.

Stacy les recibió impaciente. No había mejorado físicamente, pero tampoco empeorado. Esta vez tardaría más en recuperarse. Recibió el mensaje de Sommer y a las siete de la tarde el reactor ya estaba en pista a punto de despegue.

Comenzaban a impacientarse cuando un *jeep* del aeropuerto se acercó velozmente al tetrarreactor.

Se abrió la portezuela de éste y, automáticamente, descendió la escalerilla por la que trepó el banquero.

—¿Dónde está Stacy? —preguntó.

—El señor Stacy no se siente bien. Dice que vaya con el piloto directamente —le indicó Clarence.

—Está bien. No hay tiempo que perder.

Sommer fue hasta la cabina, encontrándose con Fred Ross.

—Hola, volvemos a encontrarnos —le saludó el norteamericano.

—Sí. Acaban de comunicarme que el señor Stacy no se encuentra muy bien.

—Sí, está en su litera, luego lo verá. ¿Qué, ponemos el pajarraco en el aire?

—Sí, y luego siga la ruta que yo le iré indicando.

—De acuerdo.

El reactor hizo zumbir sus potentes motores y no tardó en verse en el aire como un ave de plata, reflejándose en su fuselaje los haces de un sol en decadencia.

El tetrarreactor se sumergió en el cielo que tenía por base la selva. Marjorie se acercó a la cabina y miró a través de los cristales.

—Es muy bonito todo esto —opinó.

Sommer sonrió y creyendo que la chica era una invitada especial de Stacy o algo parecido, explicó:

—No sería tan bonito estando abajo. Todo es salvaje y peligroso, desde una hormiga hasta un elefante.

Ross siguió las indicaciones del banquero y, ya de noche, llegaron a una zona de la selva que se iluminó en dos largas hileras formando un camino.

—Ahí está la pista —indicó Sommer.

—¿Una pista clandestina? —preguntó Fred al tiempo que hacía perder altura al gran tetrarreactor.

—Sí. De no avisar de antemano, ahora no estaría iluminada. Vuele en círculo y tómela por el lado norte, es más seguro.

Gracias a la habilidad de Fred y a que no falló ningún resorte del «Condor», tomaron tierra sin contratiempos.

Sommer ya se dirigía a la puerta cuando apareció el enano.

—Hola, Sommer. Yo soy Stacy.

—¿Usted? —exclamó estupefacto el anglosajón africano al ver al vacilante hombrecillo.

—Sí, yo, aunque le parezca grotesco. Se ha hablado mucho de mi poder, pero nunca de mi constitución física. En fin, no hay por qué alargar esta conversación, tengo prisa. Se asomará a la puerta y dará a sus hombres la orden de cargar el oro.

—¿Y el dinero? —preguntó Sommer ahora desconfiado.

—Está en la caja fuerte del avión. Dinero a cambio de oro, un oro que ocupará el mismo lugar en la caja fuerte. Se lo pagaré a treinta y cinco dólares la onza, un precio internacional para un oro que usted ha robado a su Gobierno.

Sommer protestó.

—De dónde yo haya sacado el oro no importa.

—Claro que no importa —reiteró Stacy—, pero deseo asegurarme de que la transacción se hará limpiamente y usted no nos abandonará hasta que yo lo ordene.

—¿No se fía de mí? Soy un caballero.

—Sí, de la mesa redonda. Vamos Sommer, es capaz de robarle a su madre. Hagamos las cosas a mi modo, no quiero que me sepulten

en la selva y usted se quede mis millones. Digamos que será mi garantía en el trato. —Se giró hacia Tiger y ordenó—: Vigílalo. Si comete la tontería de saltar del avión ya sabes lo que has de hacer.

Sommer vio la sonrisa en el rostro del gigante negro y comprendió que más valía jugar limpio. El negro, por sistema, había de odiarlo; él era segregacionista.

CAPÍTULO X

—Todo el oro está en el avión —indicó Sommer cuando sus hombres se llevaban la última saca de billetes de Banco, comprobados por él mismo.

—Sí, y todo el dinero está ya en su poder —replicó Stacy—. Ahora sólo hay que despegar y salir de aquí.

—Buena suerte, Stacy —deseó Sommer dirigiéndose a la portezuela del «Condor».

—No —cortó el enano— no salga tan pronto. Necesito estar seguro de que no atacarán el aparato.

—Es usted demasiado desconfiado —gruñó Sommer, irritado.

—Si salta del avión ahora, mis hombres lo matarán, de modo que le conviene estarse quieto. Diga a sus hombres que regresen a El Cabo, pero sin salir del avión; se llevaría unos balazos entre los omóplatos.

—Está bien, usted gana. Con tipos como usted no se puede razonar.

Vigilado de cerca por Tiger que empuñaba una pistola, el banquero indicó a sus hombres que volvieran a El Cabo y guardaran el dinero.

—Barry, cierra la puerta —ordenó Stacy—. Usted Ross, ponga el aparato en marcha. Nos vamos con el oro y nuestro huésped.

—Me temo, Stacy, que ha sobrecargado el «Condor».

Hay demasiado oro. No vamos a poder despegar, exceso de lastre.

—Pues tendrá que despegar. No voy a quedarme aquí —guiñó el enano.

—Su piloto tiene razón —corroboró Sommer—. Hay demasiado peso.

Ross propuso:

—Lo que podría hacer es dejar los coches aquí. Sería un alivio.

—Vosotros dos —ordenó a otros de sus hombres— bajad la rampa y echad fuera los dos coches, dejad solo el «Rolls».

La maniobra se efectuó rápidamente. Poco después, el tetrarreactor enfilaba por la hilera de luces y despegaba de aquella guarida de maleantes en el corazón de África.

Marjorie se quedó junto a Fred en la cabina de mando. Stacy llegó hasta ellos y ordenó:

—Ross, dirija el aparato a los Estados Unidos.

—¿No vamos a El Cabo?

—No. Vamos al desierto de Colorado.

—Pero ¿y Sommer? Usted le ha dicho que regresaría a Ciudad El Cabo.

Stacy sonrió de un modo maquiavélico.

—Sommer se quedará en África, claro que sí, y será Tiger quien se encargará de abrirle la escotilla para saltar en paracaídas. Dentro de media hora, estemos, donde estemos, disminuya la velocidad del reactor para que se nivele la presión con el exterior y encienda la luz verde como si se dispusieran a lanzarse en paracaídas. Tiger hará el resto. —Dicho esto, se alejó.

Clarence sonrió en su puesto de radio y tras marcharse el enano objetó:

—Yo me voy a descansar un rato. Después de todo no tenemos que ponernos en contacto con nadie por ahora.

—Bien, yo seguiré al mando del avión —asintió Fred.

Cuando quedaron solos, Marjorie dijo más que preguntó:

—¿Echarán a ese hombre del avión en pleno vuelo?

—Para Stacy eso no es nada nuevo, pero yo trataré de impedirlo.

—¿Cómo? —preguntó ansiosa.

—Espera y lo sabrás.

Transcurrió el tiempo indicado y Fred disminuyó la velocidad del reactor lo suficiente para nivelar la presión con el exterior. Luego, puso el piloto automático y ordenó a la joven:

—Cuenta lentamente hasta sesenta y después pulsa este botón verde.

—¿Sesenta, has dicho?

—Sí, y no te olvides de pulsarlo. Luego, espera a que regrese.

Ross abandonó la cabina. No se detuvo a pensar qué haría con Sommer si lograba arrancarlo de las manos del gigante negro, pero siguió adelante.

Bajó a la bodega.

Sólo había el «Rolls-Royce», sin embargo el «Condor» estaba pesado, trabajo le había costado hacerlo despegar del suelo por el peso del oro comprado por Humprey Stacy.

Vio a Tiger y a Sommer. Éste ya estaba con las manos atadas a la espalda y junto a la escotilla lateral que cerraba herméticamente gracias a una rueda-tornillo interior. Súbitamente, se encendió la luz verde con intermitencia.

—Ahora, a volar, míster Sommer —dijo Tiger sonriendo al tiempo que abría la escotilla.

La negrura de la noche apareció en ella mientras el viento se introducía con fuerza dentro del aparato, reduciéndose esta impresión paulatinamente.

—¡No, no, no puede echarme abajo, no, yo he cumplido!

Apareciendo junto a ellos, Ross ordenó:

—Quieto, Tiger.

El negro, ceñudo, objetó:

—Usted preocúpese del avión y no se entrometa en las órdenes de Stacy.

—Se puede disparar contra alguien que trata de matarnos, pero no hay por qué asesinar fríamente.

—¡No permita que me eche abajo! —suplicó Sommer agarrado por las solapas por las manazas negras.

—Vamos, Ross, no haga estupideces y lárguese, esto no es cuenta suya. Pilote el avión y escriba lo que le dicte el jefe, pero no se inmiscuya en nada más porque puede seguir el mismo camino que este tipo.

—¿Ah, sí? Y si yo caigo, ¿quién hará aterrizar el avión?

Tiger se sorprendió por la pregunta. Mas luego, sin vacilar, empujó a Sommer hacia la escotilla.

—¡No le deje, no le deje que me eche! —gritó Sommer. El aire exterior le azotaba ya el cabello.

Fred Ross se abalanzó contra Tiger.

Al negro le importaba muy poco quien pilotara el avión y si quería salvar al banquero debía actuar con rapidez. Sin embargo, no

tuvo suerte.

Tiger, hábil luchador, le alcanzó con su puño en el hombro y lo proyectó hacia atrás.

Fred volvió a la carga y alcanzó a Tiger en la mandíbula. Éste se tambaleó y Sommer se inclinó hacia atrás. Imposibilitado para sujetarse con sus manos, atadas a la espalda, se precipitó al vacío.

En su desesperación por agarrarse a alguna parte, mordió la manga de la chaqueta de Tiger con tal fuerza que clavó los dientes en la tela y al caer arrastró consigo al negro.

Éste sí profirió un alarido infrahumano al desaparecer en el vacío. Abajo, la selva africana les aguardaba para convertirse en una gran sepultura en la que sus cuerpos jamás serían hallados. Alimañas de todas clases gruñían hambrientas.

Fred cerró la escotilla de golpe. Nada había podido hacer por salvar a aquel par de hombres sin ley. Regresó a la cabina de mando.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Marjorie ansiosa.

—El avión va más ligero ahora.

—¿Ha caído Sommer al vacío?

—Sí, y Tiger con él. No he podido hacer nada. Es una forma de que el Destino imponga su justicia.

El tetrarreactor recuperó su velocidad de crucero.

El tiempo transcurrió lentamente hasta que apareció Stacy en la cabina. Se veía ceñudo y preocupado.

—¿Dónde está Tiger?

—Supongo que abajo —replicó Fred encogiéndose de hombros.

—No está abajo ni en ninguna parte.

—Pues yo no sé nada. He disminuido la velocidad, he pulsado la luz verde y he esperado quince minutos. Luego, he reanudado la velocidad normal.

Stacy mostraba las pupilas achicadas. Por lo bajo gruñó:

—Primero desapareció Wayato, ahora Tiger. Procuraré averiguar qué es lo que ocurre y por Satanás que lo descubriré.

—Será mejor que vigile entre sus secuaces. Quizá alguno le está jugando una mala pasada —sugirió Ross para crear la desconfianza en el «gángster».

—¿Una mala pasada? ¿Por qué he de desconfiar de ellos y no de usted?

—Porque ellos han tocado el ero con sus manos. ¿Cree que son unos santos?

Stacy lanzó un gruñido y desapareció de la cabina.

El vuelo prosiguió sin contratiempos, aunque el recelo había anidado a bordo del Condor. Había un traidor. Todos sospechaban de Fred Ross, aunque no estaban seguros de ello.

Sin embargo, el avión estaba cargado de oro, tanto que le era difícil despegarse del suelo pese a su gran fuerza, y nadie quería perderlo de vista. Por ello, cuando repostaron combustible en Las Azores, nadie quiso descender del «jet».

Stacy, cada vez más demacrado físicamente, penetró en la cabina de mando. Dirigiéndose a Ross indicó:

—Ahora viene la última travesía del vuelo. Tengo el plano que debe seguir. Ah, y deje de utilizar la radio. No quiero que nos sigan. —El mismo ordenó a Clarence—: Desconéctala y sal de la cabina.

—Bien —aceptó Clarence.

—Ross, procure mantener el rumbo y que la chica no le entretenga demasiado. —Después, se alejó.

—Bueno, ya tenemos una nueva dirección y creo que es la última.

—¿Adónde iremos esta vez? —preguntó Marjorie.

—Veamos el mapa de vuelo. Parece correcto... Estados Unidos es nuestra meta, concretamente el desierto de Colorado y ¿qué diablos significará este punto? —dijo mirando la señal—. Que yo sepa, aquí no hay ninguna ciudad ni aeropuerto, es más, ni el techo de este lugar es atravesado por línea regular de aviación.

—Parece el dibujo esquemático de una pirámide.

—¿Una pirámide? —Fred permaneció unos segundos pensativo. Luego, exclamó sorprendido—: ¡Por todos los diablos, ahora lo comprende todo!

—¿El qué?

—Ya te lo explicaré cuando llegue el momento. Ahora debemos poner en práctica un plan que se me acaba de ocurrir.

El «Condor» dejó atrás las Azores y comenzó la travesía del Atlántico.

Fred Ross voló a escasa velocidad, cosa de la que nadie podía percatarse teniendo siempre el mar y el cielo por fondo. Asimismo, llevó el reactor bajo, muy cercano a las aguas del Atlántico.

—Ahí lo tenemos —señaló con la mano.

—¿El qué? Ah, sí, veo un barco.

—Un barco norteamericano, lo que quiere decir que su superficie es estadounidense y en aguas internacionales.

—¿Vas a hacerles una llamada?

—Sí, una llamada para que recojan a cuantos se tiren en paracaídas.

Marjorie le miró extrañada, pero no dijo nada.

Fred efectuó la llamada a la que obtuvo pronta respuesta. Después, colocó los mandos para que el aparato volara en círculo alrededor del barco norteamericano y disminuyó la velocidad al mínimo.

—¿Nos vamos a tirar en paracaídas? —preguntó Marjorie un poco asustada.

—No, serán ellos. Haremos bien las cosas.

Escribió una nota que dejó sobre los mandos del avión y dijo a la muchacha:

—Sígueme.

La chica obedeció y ambos descendieron a la bodega.

Una vez en ella, Fred abrió la escotilla para saltar y tomando dos paracaídas los lanzó al vacío tras engancharles sendas cajas que con su peso abrieron las sedas.

—Ahora, escondámonos.

La pareja se ocultó debajo de las lonas.

No tardó en descubrirse la hoja y fue Clarence que, al leerla, se tornó amarillo del susto y salió corriendo.

—¡Ross y la chica han saltado en paracaídas, han saltado en paracaídas y han abandonado el avión!

Todos corrieron al escuchar sus palabras. Stacy se reunió con ellos e inquirió apremiante:

—¿Qué ocurre?

—¡Que Fred y la chica han saltado al vacío y dejado una carga de plástico conectada! ¡El avión estallará dentro de cinco minutos!

—¡No puede ser! ¡No vais a creerlo!, ¿verdad?

—¡Sí, sí que hay que creerlo! ¡Acabo de subir de abajo y he visto la escotilla abierta —indicó Barry— y dos paracaídas flotando sobre el océano, también hay un barco!

—¡Pues no seré yo quien salte hecho pedazos dentro del

aparato! —dijo Clarence corriendo hacia los paracaídas.

Tomando uno de ellos, saltó al vacío.

El pánico cundió y todos le imitaron mientras Stacy vociferaba:

—¡No seáis imbéciles, el avión no estallará, no estallará!

El «gángster» no tuvo suerte. Sus hombres no estaban condenados a muerte como él y preferían seguir viviendo.

—Es cierto, Stacy, el avión no estallará —dijo Fred apareciendo tras las lonas. Marjorie continuó oculta.

—¡Maldita sea, debí sospecharlo! —rugió Stacy.

Rápidamente, sacó una pistola con la que encañonó a Ross.

—Y yo también tenía que haber supuesto que Humprey Stacy era norteamericano, pero egipcio de nacimiento.

—¿Cómo lo ha adivinado? —inquirió Stacy sin dejar de apuntarle.

—Por la pirámide que se ha hecho construir en el desierto de Colorado.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Al parecer, los egipcios gustan de los jeroglíficos y a los norteamericanos nos agrada descifrarlos. ¿Qué pretende Stacy, enterrarse en una pirámide en medio del desierto y con todo el oro que hay aquí dentro?

Stacy sonrió por primera vez mas no dejó de apuntar al periodista.

—Sí, cuanto dice es cierto y debo felicitarle.

—Pues yo a usted no mucho, porque va a morir dentro de poco de cáncer. La morfina de sus pastillas le alivia, pero no le cura.

—Es que no voy a morir, Ross, es en eso donde se equivoca. Llevaré todo el oro a esa pirámide que usted ha descubierto sin verla, una pirámide de hormigón armado capaz de resistir movimientos telúricos y bombas nucleares. Pondré el oro dentro y me encerraré en ella, pero no moriré.

—¿Ah, no? ¿Acaso se cree usted un espíritu divino, un faraón que sigue viviendo después de la muerte?

—No, simplemente que he empleado mucho dinero para que la ciencia moderna esté a mi alcance. En la base de esa pirámide de hormigón indestructible hay una pila atómica que alimenta el interior de la misma y en el centro ya está funcionando una cámara de liofilización construida a mi medida. Sólo tengo que

introducirme en ella y esperar, muerto sin morir, cien años. Cuando despierte, seguro que la técnica habrá avanzado lo suficiente para curar el cáncer y mi enfermedad y mi cuerpo se habrán detenido en el tiempo como se detienen ahora ciertos alimentos o la simple penicilina.

—He oído hablar de liofilizar a hombres. Se han hecho experimentos, pero son cuidados y estudiados metódicamente por hombres.

—Yo tengo montados dos cerebros electrónicos que lo controlarán todo. Sólo yo quedaré. Cuando despierte, seré rico porque estaré rodeado de oro. Haré lo que mis antepasados no consiguieron: sobrevivir a la muerte y despertar cien años más tarde para reincorporarme de nuevo a la vida. Un plan perfecto, ¿no cree, Ross? Usted dejará escrita mi biografía para que yo mismo la lea y la de a conocer al mundo cuando despierte y nada se me pueda olvidar.

—¿Y tenía previsto liquidarme a mí y a todos sus hombres para que no quedara testigo alguno de su obra, verdad? Lo mismo que hacían los faraones, sus antepasados.

—Sí, esa parte era imprescindible en el plan.

—En ese caso, muerto por muerto, apriete el gatillo ahora. Luego, sea usted quien guíe el avión hasta su pirámide de liofilización.

—¡Me obligará a dispararle! —Gruñó Stacy ceñudo, preocupado.

—Hágalo, hágalo, pero tampoco llegará muy lejos. El F. B. I, está al corriente de todo.

—¿Qué, cómo?

—En cada aeropuerto, en cada escala, bien por carta o por teléfono, he ido guiándoles, poniéndoles al corriente de todo. Incluso, el barco que hay abajo es estadounidense y tiene orden de capturar a los que se han tirado en paracaídas y ponerlos a buen recaudo. Como ve, yo también tenía mi sorpresa final.

Fue tal el disgusto e indignación de Stacy al oír las palabras de Ross que el dolor de su enfermedad se activó. Su rostro se desencajó al tiempo que adquiría un tinte lívido.

Tambaleante, disparó contra Ross, pero éste ya no estaba delante de él.

—¡Te mataré, te mataré! —rugió buscando el tubo de pastillas.

En su tambaleo, éste cayó al suelo y el pie de Fred lo aplastó deshaciéndolo.

Sonó una nueva detonación. Stacy, ciego de dolor, no acertó y sí dio un traspié junto a la escotilla, desapareciendo por ella sin el paracaídas que utilizaran sus secuaces.

EPÍLOGO

Tras recibir numerosas felicitaciones en el hotel junto al aeropuerto de Miami, lugar donde había aterrizado el tetrarreactor que Fred Ross puso en manos de las autoridades, entregándoles asimismo las cintas de Humprey Stacy con las que lograría desmoronar parte del imperio del crimen, Fred se encaró con la juvenil Marjorie.

—Debes ser fuerte y afrontar la realidad. Por lo que has hecho te librarás del reformatorio, yo me ocuparé de sacarte de él.

—Pero ¿de qué reformatorio hablas, Fred? —preguntó ella mirándole entre sorprendida y burlona.

Comenzando a barruntar un nuevo embuste, Fred gruñó:

—¿No me dijiste que te habías escapado de un reformatorio?

—Tenía que hacértelo creer para que no me abandonaras. En realidad, yo soy Marjorie Montgomery, la hija del financiero Montgomery de Nueva York.

—Con que la hija de Montgomery, ¿eh? Bueno, bueno, yo te enseñaré a contarme otra historieta como ésta...

—¿Eh, qué piensas hacer? Pero ¿qué te pasa, Fred? —inquirió temerosa al ver que el hombre avanzaba hacia ella con las manos por delante, dispuesto a atraparla, cosa que consiguió saltando por encima de la cama e impidiendo que ella escapara de la habitación.

—¡Suéltame, suéltame! ¡Soy la hija de Montgomery!

—¡Ya te enseñaré yo a explicar cuentos! ¡Lo que te hace falta a ti son unos buenos azotes! De este modo, mañana no me dirás que eres la hija de la reina Isabel de Inglaterra.

Marjorie gritó, porfió y pataleó, mas no pudo evitar que Fred Ross la pusiera entre sus rodillas y dejara caer una y otra vez la diestra sobre su carne en la región más redondeada de su persona.

—¿Qué está haciendo con ella? —preguntó un hombre de rostro

grave y traje oscuro que apareció súbitamente en la alcoba acompañado de dos inspectores federales.

—Darle unos azotes a esta cría mentirosa.

El hombre del traje oscuro parpadeó.

—Esa cría mentirosa es mi hija —anunció.

—¡Papá! —gritó ella.

—Vaya, al fin he encontrado a alguien que va a decir la verdad.

¿Se puede saber quién es usted?

—Me llamo Montgomery y éstos, inspectores del F. B. I, pueden atestiguarlo.

Marjorie, sin poderse levantar de las piernas de Fred sobre las que se hallaba tumbada, preguntó:

—¿Me vas a soltar ahora?

Fred Ross miró al financiero y dijo:

—Señor mío, tengo el honor de pedirle la mano de su hija.

—¿Qué? —gritó ella.

El financiero sonrió.

—¿Se ve capaz de dominarla?

—Creo que sí, y ya que usted no parece negarme su mano, continuaré con lo que estaba haciendo.

Y las hermosas posaderas de Marjorie Montgomery se fueron enrojando más y más mientras ella le juraba odio eterno.

El severo financiero Montgomery comenzó a reír a mandíbula batiente, lo que para él había sido una acción insólita durante muchos años.

FIN



RAFAEL BARBERÁN DOMÍNGUEZ (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olympic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.

Notas

[1] Local fundado por los «*hippies*» en el East Village neoyorquino para dar ropas y alimentos. < <